

"La violencia le conmovía el corazón y le producía rechazo y angustia. Y pese a que sabía diferenciarla de la autodefensa, añoraba con todas sus fuerzas un mundo sin conflictos, donde el flujo de bienes no se produjese a través del abuso y el arrebato. Un planeta donde la herida mortal del especismo pudiera sanearse y sellarse para siempre con olvido.

Tanto le costaba sobrevivir la indiferencia frente al abuso, que una vez probó fugarse de su propiex cuerpox. Falló y en esa negación alienante se situó para seguir en una búsqueda solitaria de respuestas a su dolor."

LES VIOLENTES

FISIÓN CIRUJA

LES VIOLENTES · FISIÓN CIRUJA



EXPANDIENDO LA REVUELTA

LES VIOLENTES

FISIÓN CIRUJA

Primera edición, Buenos Aires, Otoño 2022.

Good Morning you
What do you plan to do?
Good morning you
Though you can hardly move

- Daniel Johnston

PRIMERA PARTE

EL ESCLAVISTA

LES AMIGUES

Chinche y Pioje esperan a Mosqui en la entrada de las torres del barrio Samsung. Les tres son amigas desde hace algún tiempo, viven en diferentes ciudades y subsisten gracias a la autogestión y al robo de supermercados.

Hace unos días, Pioje viajó desde su provincia hasta este barrio industrial para pasar el verano menos sole. Chinche le ofreció quedarse en la pieza que alquila en las torres. El cuadrado donde duerme apenas le alcanza para guardar el colchón, la garrafa y la bici. Pero Chinche quiere tanto a Pioje, que nunca dudaría en darle una mano.

Mosqui llega hasta la entrada de las torres fumando un cigarrillo armado. Chinche y Pioje le abrazan y salen juntas a caminar por las calles irregulares de Samsung. Es domingo a la tarde y hace calor.

Entran al único super abierto y van directo a revolver los estantes en busca de alimentos sin crueldad. Ellos saben que la comida sin asesinato es una mentira en el capitalismo agrotóxico que les tocó habitar, por eso se conforman con productos libres del genocidio contra animales no humanos. Encuentran unas crackers, las roban y las comparten en la caminata.

Chinche empieza una conversación sobre el sangrado libre. Mosqui opina que, visto desde una perspectiva anticapacitista, el sangrado libre quedaría restringido a cuerpxs funcionales. Pioje reflexiona sobre la menstruación como falso denominador común de la gente que nació con útero. Agrega que elle no menstrua desde los 18 años y que por esa razón fue medicade a la fuerza.

Les tres están de acuerdo en dos cosas. La primera, que la experiencia de Pioje se trata de una tortura heteronormativa. La segunda, que les mediques antiderechos deberían ser detenidas a cualquier costo. Pero también se preguntan si ellos podrían atentar contra la vida de algune médique anti derechos.

Ningune tiene una respuesta sólida. Chinche, Pioje y Mosqui son del tipo de personas capaces de defenderse y a la vez, inseguras de suprimir la vida de nadie.

Andando sin apuro, llegan hasta la autopista que dibuja los márgenes del barrio. La tarde se desvanece en resplandores de color violeta sobre las anchas vías de cemento, a lo largo las cuales los automóviles transitan apáticamente.

Mosqui señala el parque recreativo al costado del puente. Les otros siguen la línea invisible que indica el dedo extendido y descubren a un hombre rubio y musculoso. Va vestido con prendas deportivas y parece estar maltratando a su compañero perro. Más se aproximan les amigues a la escena, más evidente es que el rubio estrangula al animal con el collar de ahorque.

-Dejá de ahorcarlo-grita Mosqui.

-Sorete-agrega Chinche.

-¿Y ustedes de dónde salieron? No se metan en lo que no es de su incumbencia, villeros de mierda- responde el agresor.

Pioje se agacha encima del perro, con el objetivo de abrirle el collar. El rubio le toma por la cresta de color rosa y le sacude con fuerza. Pioje aguanta los tirones hasta que el mosquetón se abre y el collar se suelta de la correa. Enfurecido, el deportista le aplica a Pioje un rodillazo en el estómago y vuelve a tomarle por la cresta para seguir zamarreándole. Pioje intenta desprenderse pisándole los pies. Lamentablemente para él, las costosas zapatillas reforzadas impiden que su autodefensa de resultado.

Comprendiendo que su amigue no puede zafarse de la rosca, Mosqui y Chinche se abalanzan sobre el violento. Un raro trompo humanoide, similar a un pogo explosivo, se forma a partir del movimiento vertiginoso de tantas extremidades superpuestas. El trompo gira sin propósito ni coordinación hasta que, tras una llave múltiple y confusa, todes terminan rodando sobre el pasto. Mosqui y Chinche se desprenden del enredo, se incorporan y se preparan

para la defensa. Pero antes de poder hacer nada, dos chorros de sangre negra y olorosa caen sobre sus rostros, como pesados telones líquidos.

Pioje, bañade en plasma negra igual que sus amigos, desengancha los dedos del agresor, enredados en su cresta. Gruesas cascadas de sangre se derraman por la boca demasiado abierta del hombre rubio. Poco a poco, su bronceado palidece bajo el sol vespertino.

Les amigos se interrogan entre sí con la mirada. Chinche se acerca al rostro del muerto y descubre la vara de metal que sobresale de la tierra. Una pérgola maciza envuelta en guirnaldas de coágulos y materia gris, le traspasa el cráneo de lado a lado.

-¿Esto que estamos viendo... es lo que me parece a mí o estoy flashando cualquier cosa?-pregunta Chinche a sus amigos.

-No puede ser.

-Pero es.

-Qué... bizarro.

LES EXTRAÑES

El perro lanudo y blanco raspa con insistencia la puerta de madera encerada. El humano, rubio y musculoso, lo insulta en lengua humana. Apenas la puerta se abre, el cogote canino es enlazado firmemente por un collar de ahorque.

El perro y el hombre salen a la calle. El primero tira de la correa, ansioso por capturar la información que le brindan los olores provenientes del entorno. El segundo, frena a su amigo con crueldad.

Un aleteo y un olor agrio bajan del cielo. El perro lo advierte primero, por eso se sienta sobre las patas traseras y agacha la cabeza. La paloma gris cruza en vuelo rasante y lanza una pequeña bomba de mierda sobre la chaqueta deportiva del hombre rubio. Él se mira la solapa cagada, insulta a la madre de la paloma y ata al perro en la reja del chalet.

Al perro le fastidia tener que esperar pero sabe que no debe quitarse la correa; conoce de sobra la violencia de la persona que le palmea la cabeza y le llena el plato de comida balanceada.

Por la vereda de enfrente, pasea una jauría conducida por otro humano. El perro les aúlla, para saludarles, y la jauría responde al saludo con un coro de ladridos. Hasta hace muy poco, solía recorrer las calles junto a ellos pero todo cambió cuando el paseador y el rubio tuvieron un altercado por cuestiones económicas. El perro vio el brazo musculoso, extenderse a través de la reja y golpear la cabeza greñuda del joven paseador. Este último lo insultó llamándolo explotador y esclavista y nunca más tocó el timbre de aquel portón.

En el barrio de Samsung todes saben que el hombre musculoso y bronceado del chalet al final del boulevard, es propietario de talleres textiles donde personas secuestradas fabrican ropa. El perro no alcanza a comprender los pormenores, sólo la indignación que alguna gente, más bien poca, experimenta hacia él. La mayoría de les vecines, al cruzarse con el esclavista, lo saludan y de paso

acarician al perro. El perro responde casi siempre con docilidad artificial, aprendida de un adiestrador.

El rubio aparece vestido con una campera limpia y cara. Desengancha la correa y pasea a su *mascota* a desgano, ahorcándolo a cada tramo. En una esquina el perro intenta cagar pero es arrastrado con fuerza y sin poder evitarlo, va dejando pedacitos de mierda sobre la vereda.

A tirones y ahorques, el perro y el rubio llegan a un parque al costado de la autopista. Es habitual encontrar a otras personas en el predio, practicando ejercicios aeróbicos a toda hora. Sin embargo aquella tarde el sitio se encuentra inusualmente vacío. Ráfagas hediondas cruzan el aire, traídas por el viento desde algún hueco distante. El perro tironea, intentando localizar la fuente del hedor.

-La concha de tu madre, Daryl, quédate quieto-grita el rubio y sube el collar.

De la nada, una persona le pide que se detenga y ante la negativa, se arroja sobre él. No le intimidan ni los insultos ni las amenazas. Pese a los golpes y las patadas que el rubio le propina, abre el mosquetón que une el collar con la correa y deja al animal en libertad. Otras dos personas intervienen y se arma una rosca violenta.

El perro no está seguro de defender al hombre con quien vive y prefiere observar desde cierta distancia el desarrollo de la pelea. Los cuerpos entrelazados se confunden, caen, ruedan y casi de inmediato, les extraños se ponen de pie y reafirman la postura defensiva. Pero varias cascadas de líquido oscuro se estrellan sobre sus rostros nerviosos y sus brazos bajan, inermes.

El perro sube el hocico para averiguar algo acerca del hedor que llamó su atención apenas llegó al parque y que ahora se manifiesta con mayor intensidad. Al fin comprende que se trata del aroma que antecede a los finales humanos. Pocos segundos después, la pestilencia paranormal es remplazada por un penetrante olor a sangre y el perro deja de prestarle atención. Se acerca a les otros humanos y mueve la cola, en señal de saludo.

LES NERVIOSOS

- ¿Qué hacemos?
- ¿Y qué podemos hacer? Ya está muerto...
- No puede ser... fijémonos bien...
- Amigue... ya no respira, ¿no ves?
- Yo no quería que pase esto.
- Ningune quería.
- Estoy angustiade.
- Yo también.
- Y yo.
- Pero no hay nada que hacer... el fierro le atravesó los sesos.
- Debe ser el resto de alguna construcción.
- Yo... no debí hacer eso.
- ¿Impedir que le peguen a un animal?
- Estuvo re bien lo que hiciste.
- ¡No! Lo hice caer... y ahora está muerto.
- ¡Él te estaba golpeando a vos también!
- ¡Fue autodefensa!
- ¡Y el fierro estaba clavado en la tierra!
- ¡Es notoriamente un accidente!
- No es un accidente notorio... Es mi responsabilidad.
- ¿Y qué querés hacer, amigue?

-No sé... Cualquier cosa, menos llamar a la policía.

-Más vale nos vayamos.

-Sí, toquemos de acá.

-Pero quedémonos con el perrite.

-No podemos quedarnos con él en contra de su voluntad.

-Tampoco sabemos qué quiere.

-Volvamos a las torres. Si nos sigue, nos lo quedamos.

-Pero no tenemos lugar en la piecita. Apenas cabemos Pioje y yo.

-Yo tampoco puedo llevarlo a la pieza donde estoy parando.

-Pero ahora es nuestra responsabilidad. Démosle de comer y un tránsito a un lugar mejor.

-Sí.

-Vení, amigui.

-Pichi, vení, Pichi.

-Dale, amix, vení con nosotros.

LES ESCRACHADES

La torre donde vive Chinche lleva varios días sin suministro de agua corriente y esa noche no parece que vaya a arreglarse. Pioje se quita la ropa ensangrentada y la coloca en una caja de cartón. Toma un paño de cocina, lo empapa con agua del botellón cargado en una canilla comunitaria y se quita las manchas de sangre del pecho y las piernas.

Le duelen las mandíbulas de tanto que las aprieta, buscando un llanto que no llega. Intenta aliviar la tensión imaginando y recreando paraísos en su mente. Visualiza animales que le dan alegría, lugares que le gustaría conocer, bandas post punk de diversos períodos, poemas y mates con amigos.

Visualizar situaciones agradables resulta eficaz por un rato. Pero sin importar el esfuerzo, aquel manantial de sangre oscura brota una y otra vez, manchándole la memoria.

Conoce al hombre fallecido por algunos relatos crueles, que tal vez deberían atenuar su culpa. Nada de eso le sirve a Pioje. Quijera no haber matado, ni siquiera por accidente. Ahora cargo con un cadáver, dice entre dientes.

Sea como sea, todes cargamos con una muerte.

La frase la había pronunciado Samara, una chica alta, de cabello largo, que marchaba en encuentros feministas de la provincia de Pioje, siempre llevando carteles con nombres de abusadores.

Pioje y Samara se vieron por primera vez en una de aquellas marchas y a lo largo de un año compartieron todo tipo de experiencias. Hasta que Paloma, una amiga de Pioje fue escrachada por ella.

Samara hizo un testimonio contra Paloma por haberla tomado de la mano en una fiesta y seguirla hasta el baño, sin su consentimiento. El nombre y la historia junto con la foto circularon durante varios meses en las redes sociales. A Paloma, diagnosticada con

TLP, el escrache la afectó profundamente. Se hizo cortes que se le infectaron y estuvo a punto de perder un brazo.

Samara también escrachó a Pioje, por seguir siendo amigue de Paloma. Pioje trató de hablar con ella por celular, para exponerle sus puntos de vista y llegar a algún acuerdo. Samara le clavó sucesivos vistos y le bloqueó de todas las redes.

Unos días antes del episodio de acoso en la fiesta, Samara había ido a la pieza de Pioje y habían fumado bastante. Pioje la escuchó contar que de adolescente golpeó a una compañera de colegio, discriminada por rara. En la actualidad, Samara creía reconocer a su ex compañera dentro del espectro autista. La golpeó sin razón, solamente porque podía hacerlo. Se quebró al recordarlo y pronunció aquella frase, acerca de la carga angustiada de una memoria violenta.

No comprendía por qué Samara no relacionaba este suceso de la adolescencia con lo que había pasado en la fiesta. Ella jamás le daría la oportunidad de conversarlo.

Pioje se cansa de hacerle preguntas a su pasado. Rebusca en la mochila, saca los auriculares y el celular y le da play a la carpeta de música indicada para estos casos. Parpadea varias veces, acelera la respiración y un par de minutos después, finos hilos celestes se derraman de sus ojos. A través de la niebla de las lágrimas, la imagen de un animal hermoso viene a acompañarle.

Es un venado gigante y resplandeciente, como salido de una película de Hayao Miyasaki. El brillo del pelaje aumenta hasta cegarle y Pioje pasa del confort al terror en cuestión de segundos. Cierra los ojos, pero ni aun apretando los párpados con toda su fuerza, puede dejar de ver al deslumbrante venado, prendiéndose fuego.

LES INSOMNES

-Ah, Mosqui, sos vos. Perdón que tardé en abrir, es que me dio ansiedad.

-No pasa nada, wache, ¿cómo estás?

-Para atrás.

-¿Y Pioje?

-Nuestro amix está re dormide y le costó un montón. Hablemos bajito.

-Uy, disculpá.

-No hay bondi. ¿Qué necesitas?

-Nada, es que... yo tampoco estaría pudiendo dormir.

-Same.

-Encima me estoy quedando en una pieza muy ruidosa.

-¿Querés venirte con nosotres? Podemos juntar los colchones.

-No, dejá. Tenía ganas de hablar un rato, nada más.

-Yo también. Pero vamos a la terraza mejor, así no despertamos a nadie.

-¿Y el perro?

-También durmiendo, por suerte... Cuidado que hay un escalón flojo.

-Sí, me acuerdo. Ya estaba flojo la última vez que vine.

-Amigue, ahora que estas acá y estamos soles, te quiero preguntar algo.

-Decime.

-¿Estuviste gogleando... las noticias?

-Sí... Pero no vi aparecer nada. Nada de nosotres, me refiero. Hablan de un accidente.

-Yo leí lo mismo.

-Qué locazo.

-En un portal de noticias virtuales lo comparan con un episodio de Mil Maneras de Morir.

-Bizarro.

-Pero fue un poco así, ¿no?

-Sí. Aunque a veces pienso... que en lugar del violento, el fierro pudo haber atravesado a cualquiera de nosotres.

-Yo también lo pensé.

-Pero no me siento tan afortunade.

-Yo tampoco. A veces siento ganas de...

-¿Qué?

-TW, amigue.

-Decime lo que necesites decirme.

-Siento ganas de haber sido yo...

-¡Pero vos no sos como ese macho especista que, además...!

-No importa. Somos personas. Y todes destruimos algo para seguir en este plano de existencia.

-No es lo mismo, no relativices el maltrato.

-Es lo que siento. No quisiera que haya muerto, aunque sea un esclavista de mierda.

-Decíselo a la gente que secuestraba para sus talleres.

Primera parte

-Seguramente pasen a manos de otros abusadores económicos.

-Lo sé. Pero yo prefiero festejar que sea él y no vos.

-...

-...

-Gracias.

-No, amix, no me agradezcas. Yo... también hay algo que quiero comentarte.

-Decime.

-Es sobre nuestro amigue.

-¿Sobre Pioje?

-Sí, sobre Pioje... Y sobre un venado que lo persigue en sueños.

LOS COMPAÑEROS

Alix siente la vibración del celular en el bolsillo del pantalón. Lo saca y lee el número desconocido. No suele hacerlo pero esta vez, atiende. La voz grave se presenta con nombre, apellido y cargo institucional. Luego del silencio incómodo que Alix alarga a propósito, el empleado de la morgue le informa que su progenitor fue cremado y que en las oficinas de la cochería aguardan el retiro de la urna.

Alix rompe el silencio para preguntar:

-¿Y qué van a hacer si no la voy a buscar?

-Disculpe, ¿cómo dijo?

-Nada, dejá... No es con vos.

Apaga el celular, carga la mochila en el hombro y sigue empapelando el barrio Samsung con la foto de Daryl, el perro que vivía con su padre.

Nada le importa menos que aquel trámite mortuario. El facho por el cual llegó a este mundo, jamás pidió que se hiciera algo con sus restos fúnebres, como arrojarlos al mar o enterrarlos en un sitio particular. Alix tampoco se hubiera molestado en cumplir ninguna demanda paterna. Sólo le interesa encontrar al compañero canino y cuidar de él.

Hasta el día en que un agente de la bonaerense lo llamó para informarlo del deceso, creyó que nadie odiaba tanto a su padre como él mismo. Pero estaba claro que alguien se había tomado la molestia de ponerle fin a sus días. Tenía muchos enemigos igual de violentos que él y era de esperarse un desenlace de aquella magnitud.

¿O habría sido un accidente, tal como lo declaró la investigación policial? Cualquiera de las dos opciones le parece bien.

Se repite el plan de vida que llevará a partir de hoy. Encontrará al

compañero perro, pasarán un tiempo juntos y más tarde elegirá un hogar seguro para él. Luego pondrá en venta las propiedades que le pertenecen por ley y donará todo el dinero a refugios de animales y colectivas antirracistas. Recién entonces, cuando se haya liberado de la carga de muerte y sufrimiento impuesta por su padre, viajará a dedo hacia el sur, tal vez a Ushuaia. Todos los días de ahora en más serán diferentes entre sí, se promete en silencio.

Unta engrudo sobre la pared y pega la hoja con cuidado. En la foto, Daryl sonrío de oreja a oreja. Alix recuerda el encuentro con el cadáver para el reconocimiento legal y también sonrío. Por lo menos, uno de sus sueños más deseados quedó cumplido.

LES AFECTADES

-¿Un venado?

-En llamas.

-Wow.

-Sí. Cuando me empezó a contar el sueño me pareció hermoso. Era él mismo, desdoblado en un animal de colores. Pero después el ciervo se prendía fuego.

-Qué horror. Pero son cosas que suceden de verdad. En todo el mundo...

-Lo sé. La masacre ecocida diaria. Pero eso no fue todo. En el sueño, el ciervo le pide algo a Pioje...

-¿Qué?

-Le pide que mate a alguien.

-¿A quién?

-Pioje no está seguro. Cada vez que el ciervo va a pronunciar el nombre, él despierta.

-Ay, no, qué frustrante.

-Sí, muy.

-¿Y cuánto hace que tuvo este sueño?

-Es un sueño recurrente, parece. Lo viene teniendo desde hace meses.

-¿Pero es un sueño o una pesadilla?

-Una pesadilla, supongo.

-Si a él no le da una sensación de pesadilla, no es una pesadilla. Es un simple sueño.

-Creo que sólo le molesta la parte en la que el ciervo se prende en llamas.

-Pero las llamas no lo dañan, ¿no?

-A veces sí y a veces, no. Como Pioje nunca sabe si las llamas lo van a dañar, le da mucha ansiedad.

-Me pregunto a quién querrá que mate.

-Pioje me dijo que se despierta con la sensación de que es alguien famoso.

-Tal vez algún día se lo diga.

-Me preocupa porque está teniendo este mismo sueño cada vez más seguido. Y se despierta muy angustiada. Como si fuese una situación real.

-¿Vos decís que tendría que pedir ayuda?

-¿Une terapeuta? Eso está complicado.

-Lo sé. Siempre terminamos yendo a lugares que ni siquiera respetan mínimamente nuestros pronombres.

-Sí. Vas a hablar de algo que te atormenta y terminan atormentándote peor.

-Igual, quizás sea un estado pasajero. Quizás se deba a los incendios terribles en las provincias de sur.

-Todo es posible amiga.

-Pero estemos atentos.

-Sí, de una.

-Bueno. Voy a tratar de dormir.

-Yo también, amix.

-Hasta mañana.

-Hasta hoy.

LES POBRES

La intensa melodía de zorzales rojos se desliza entre los postigos de una ventana en lo alto de las torres de Samsung.

Qué hermosos cantos, piensa la señora Clarisa mientras abre de par en par la ventana medio podrida. Sus pies se mueven, acompañando un ritmo fantasma. Pero la ansiedad que la mantiene en estado de vigilia es más fuerte. Tristeza por el pasado, incertidumbre acerca del presente, angustia debido a premoniciones de un futuro hostil. Males desconocidos que podrían desencadenarse en aquel mismo momento. La rumiación negativa de la anciana no conoce límites.

-Clarice, ¿qué hacés levantada?- pregunta su nieto Eric, mientras se restriega el cabello azul con una toalla.

-A esta edad, para qué dormir, nene.

-Tenés que dormir, abuela. Aprovechá, que vos podés.

La señora Clarisa enciende una hornalla y pone a hervir el agua para el mate.

-Si es por mí, no prepares nada. Estoy llegando tarde, ya me estoy yendo.

-¿Un mate no vas a tomar, querido? Uno solo, aunque sea.

-No te preocupes, en el trabajo me consigo un café.

-Hijo... No tenés que hacer esto.

-Ya te dije que es por este mes.

-Pero faltan tres días para que termine octubre.

-Si no completo el mes, no me pagan las horas módulo.

-Pero, Eric... No podes volver a ese lugar... ¡después de todo lo que te hicieron!

-Clarice, basta. No quiero tener esta discusión.

-Yo sí. El mes pasado me prometiste que ibas a renunciar, y no cumpliste.

-Es que no podemos quedarnos sin este ingreso.

-¡Hijo! Tu seguridad es más importante que cualquier recibo de sueldo.

-¿Y qué pretendés que haga? ¿Vivir de tu pensión?

-Lo que yo digo es que...

-¿Pensás que es tan fácil encontrar trabajo de un día para otro? ¿En qué país pensás que estamos viviendo, abuela?

-Hijo... ¡Tengo miedo! Pasaron tantas cosas que yo...

Eric deja la toalla a un costado y se pasa una mano por la frente.

-Por favor. Confía en mí.

-Si te llega a pasar algo...

-¡No me va a pasar nada!

Eric termina de vestirse, agarra la mochila y sale del departamento dando un portazo. La señora Clarisa se sienta a la mesa de la cocina. Los labios se le curvan con amargura. El zorzal posado en el alfeizar observa su tristeza. Ella le devuelve la mirada y él se despide con un gorjeo amistoso.

Instantes después, la puerta de entrada vuelve a abrirse. Eric entra sin hacer ruido y abraza a Clarisa por detrás.

-Confía en mí, abue. Yo me sé defender.

Clarisa toma la mano de su nieto que todavía muestra los nudillos marcados con cicatrices.

-Ya lo sé, mi amor. Ya lo sé.

LOS TÍMIDOS

De camino a la Clínica de Las Tres Gracias, Eric tropieza con una baldosa sobresalida y el bolso marinero se le desliza del hombro. Caen entreabierto y varios objetos se desparraman en la acera. De pésimo humor, se agacha para recogerlos y enseguida percibe un cuerpo en movimiento. Al darse vuelta, descubre a un chico de su edad, vestido como el personaje punk de una película de los años ochenta. El chico desconocido, de rodillas junto a él, le pasa un pastillero, un libro de poemas y un par de guantes de invierno que Eric ni siquiera sabía que cargaba en el bolso.

El chico que lo ayuda a recoger sus cosas es Alix. Para ayudar a Eric, dejó los flyers con la foto de Daryl detrás suyo. Desde hace un par de días, a la salida de su departamento, Eric se cruza a Daryl retozando en las escaleras de las torres y esta podría ser una oportunidad para juntarlo con el humano que lo busca. Pero no alcanza a ver los flyers y aunque pudiese, no lo conseguiría ya que sus ojos han quedado fijos en las líneas del rostro extraño que lo está ayudando.

Sus miradas se cruzan unos instantes y a pesar de que ninguno puede pronunciar más palabras que un “gracias” y un “todo bien”, en un plano inconsciente, ambos perciben el intercambio como un abrazo inesperado. Un cosquilleo interno que les permite olvidar las preocupaciones y las asperezas del cotidiano que sobrelleva cada uno.

Se ponen de pie al unísono y también se acomodan los bolsos al mismo tiempo. Eric sonríe, baja la vista y retoma el camino a su trabajo. Alix lo mira alejarse. Recoje los flyers, la botella con engrudo y prosigue la pegatina. Sube y baja el pincel por la pared, con cuidado, para que el papel no se despegue. Repasa el flyer con la palma abierta y quita los grumos. En esa especie de caricia le parece visualizar la posibilidad remota de un contacto afectivo con otro ser humano.

Se pregunta cómo será el chico con el que se acaba de cruzar.

Primera parte

¿Será hétero, puto, pan? ¿Alo o asexual? ¿Vegano o carnaca? ¿Vivirá solo o tendrá una familia que lo ama? ¿Será feliz o estará tan cansado de vivir, como él?

LES VECINES

-¿Ya vieron el nombre en la chapita?

-Sí. Se llama Daryl.

-¿Daryl?

-Sí.

-¿Cómo Daryl Dixon?

-Debe ser por él. No se me ocurre otro Daryl famoso.

-Podría ser que lo hayan nombrado así por Daryl Dixon. Mucha gente le pone nombres de famosos a sus amigos animales.

-El que le puso este nombre no era ningún amigo de su perro.

-A lo mejor se lo pusieron en el criadero.

-Pobrecito.

-¿Sabían que Daryl Dixon es asexual?

-¿Qué?

-¿Quién lo dijo?

-El creador de Walking Dead.

-Tiene sentido. Nunca estuvo con nadie durante la serie.

-Todavía.

-Eso es reducir la asexualidad a la ausencia de relaciones físicas.

-Y genitales.

-No me parece reduccionista que te muestren a un macho cis que no se siente atraído por nadie en una serie mainstream.

-Todas las series son mainstream.

Primera parte

-Tuvo onda con Carol. Y con Beth.

-Pero nunca tuvo relaciones sexuales con nadie.

-Ni siquiera un chape.

-Todavía.

-Eso es reduccionista.

-Bueno, dejemos el debate para después. Voy a golpear la puerta, antes de que la señora Clarisa se vaya a dormir la siesta. Quisiera resolver esto ahora mismo. No nos podemos quedar con Daryl por más tiempo.

-Bueno, golpeá.

LOS CUENTOS

La señora Clarisa abre la canilla del lavaplatos, rogando que el suministro funcione con normalidad. Pero ese día tampoco tendrá agua corriente. ¿Qué hacer?, se pregunta. ¿Poner a calentar un poco de sopa de anteaer y usar otro plato limpio, sólo para acumular más trastos sucios en la bacha? ¿Saltearse la comida y contemplar el jardín, como ha hecho tantas otras veces, hasta que la hora de la siesta se encargue de aplacar sus preocupaciones?

No, la señora Clarisa hoy necesita emociones plenas, buenos momentos que la desconecten del estado de alerta. Como un Terminator contra tecnológico, repasa en la pantalla interior de su mente, las distintas opciones que le proveerían de una distracción garantizada.

Podría bajar un par de pisos y visitar a doña Aureliana, una amiga de toda la vida. Pero a esa hora, Aureliana debía estar durmiendo. Son pocos los momentos en los que la encuentra despierta y dispuesta a una charla. Acaba de cumplir 90 años y la señora Clarisa comprende que luego de una vida de sacrificios y soledad, su amiga Aureliana prefiera dormir a permanecer despierta para nada, como ella.

Podría ir a la clase de tango en el centro de jubilados, a incordiar machirulos septuagenarios con sus opiniones abortistas. O buscar nuevas páginas de memes en el celular y compartirlas por Telegram con Chinche, el vecine del 101 B. O podría irrumpir en la Clínica de las Tres Gracias y armar el escándalo que hace rato desea armar. Pero le prometió a su nieto que no se acercaría al lugar donde trabaja, ni intervendría en ese asunto, bajo ninguna circunstancia.

Una angustia con cuernos y garras estruja el corazón de la señora Clarisa. La preocupación de la que tanto pretendía escapar, la envuelve y la inmoviliza, como ásperas sogas de shibari sin consentimiento.

Cabizbaja, se dirige a la improvisada biblioteca en un hueco de la alacena y toma el volumen de cuentos de su escritor favorito. Sólo el horror cósmico, encarnado en entidades malditas que enloquecen el alma de quienes las descubren, es capaz de sosegarla. Por supuesto, reconoce el racismo, el clasismo y la misoginia del escritor de marras, y se siente culpable. Pero no tanto como para dejar de disfrutar de sus historias.

La señora Clarisa lee ávidamente página tras página, hasta que los párpados comienzan a pesarle. Se levanta de la mesa y se encamina a su habitación, justo cuando el timbre con su alarido ciborg, rompe el encantamiento de la siesta tan ansiada.

LOS PRONOMBRES

-¿Sí? ¿Quién es?

-Chinche, doña Clari.

-¿Chinche? Ya voy, querida.

-Sí, no se preocupe.

-Justo me estaba por dormir la siesta...

-Disculpe.

-¿Pasó algo malo? ¿Le pasó algo a mi nieto?

-No, señora.

-Recién nos cruzamos con Eric y está bien.

-¡Ah! ¿Por dónde lo vieron?

-Está en la plaza, tomando sol y leyendo.

-Ay, mi vida. Siempre leyendo.

-Venimos a hacerle una pregunta, doña... por una cuestión que tenemos que resolver.

-Sí, claro, pasen, queridas... queridos... y querides... Ay, metí la pata, ¿no?

-No, doña, no se preocupe.

-Les tres usamos diferentes pronombres.

-Elle es Pioje.

-Sí, sí, ayer nos vimos en la verdulería. Hola, Pioje.

-Hola, señora Clarisa.

-Y... ¿qué pronombres usas, entonces?

Primera parte

-Yo uso pronombres masculinos y neutros.

-Ahh... ¿y ustedes?

-Yo neutros.

-Y yo uso todos pero prefiero el neutro, pero por ahí usted no se acuerde.

-Pero, sí, claro, cuánto hace que somos vecinos.

-¿Podemos pasar con el perro?

-Claro, querides, claro, háganlo pasar. ¿Cómo dijeron que se llama?

-Daryl.

LES ACTIVISTES

Mientras cruza las calles a paso nervioso pero lento, Mosqui recuerda la madrugada en la que abandonó la colectiva que elle mismo había ayudado a armar. Salió cargado y en silencio de la casona vieja que okupaba junto a sus -hasta ese día- dos mejores amigas. Puertas afuera respiró profundo y echó a andar en silencio. Igual que ahora.

En los comienzos de la agrupación, eran tres. Luego se fueron sumando más personas, cis y trans. Un par de activistas transicionaron durante el tiempo de active; era una colectiva transfeminista. Entre otras actividades, acompañaban a xadres judicializadas, juntaban ropa y alimentos para presxs y armaban proyecciones de películas y talleres gratuitos de múltiples intereses políticos. Para cuando Mosqui se fue, activaba con más de veinte amigos.

La cooperación entre los miembros se tornó difícil debido a la ruptura de Pato y Gato, la pareja activista que había fundado el grupo junto a Mosqui. Pronto se establecieron dos bandos. Les que apoyaban a Pato y acusaban a Gato de persecución por causa de celos, de romper objetos personales y gaslighting; y les que acompañaban a Gato y acusaban a Pato de capacitista, aporafóbica, extractivista y de maltratar al compañero perro de ambas.

Mosqui se abstuvo de participar en cualquiera de los bandos hasta que se enteró del maltrato animal y se comunicó con Gato para expresarle su preocupación. Gato le agradeció el mensaje y a partir de ese momento chatearon durante horas, días y meses. Hablaron sobre la posibilidad de abandonar las formas de vida de las ciudades, el racismo y el especismo que tenían lugar en la colectiva transfeminista que habían fundado y el escrache que estaba atravesando Gato.

Los amigos más cercanos de Mosqui en aquel momento eran Cuco y Zapallite. Ambos apoyaban a Pato y se enojaron al descubrir que Mosqui, que convivía y activaba con ellos desde hacía

años, se hablaba con una persona acusada de amenazar con romperle la guitarra a su ex. El malestar, ya extendido a lo largo de toda la colectiva, terminó de explotar cuando Mosqui pidió que se hiciera un conversatorio para encontrar alguna solución viable que permitiese continuar con las actividades comunitarias.

Mosqui fue acusade de violento, y más tarde escrachade en algunas redes sociales. Por último, sus amigos le pidieron que se fuera del espacio que compartían, donde funcionaban la mayor parte de las actividades de la colectiva. Al año de la partida de Mosqui y de la disolución del grupo, Gato y Pato se reconciliaron, volvieron a tener un vínculo sexo-afectivo y también, volvieron a convivir.

Un taxi choca la parte de atrás de un Renault. El dueño del auto baja, golpea y pateo la puerta del otro vehículo. Mosqui no ve ni escucha nada del escándalo callejero. Avanza, aminorando el paso. Va delante de Chinche y de Pioje y detrás de la señora Clarisa. Entre les cuatro ocupan gran parte de la acera. No le llama la atención ninguno de los múltiples acontecimientos que se suceden en derredor.

Llegan a las puertas de la Clínica Privada de Las Tres Gracias y antes de entrar comparten miradas fuertes y alientos profundos.

LES CONFIABLES

-Voy a prepararles unos mates. Me agarraron justo, que me estaba por encontrar con el hada de la siesta.

-Disculpe, doña. No queremos hacerle perder tiempo de sueño.

-En realidad queríamos saber si usted o alguien que usted conozca, se puede quedar con Daryl...

-¿Daryl? ¿Así se llama? ¿Cómo Daryl Dixon?

-Sí, doña.

-Qué divino.

-Es un amor. Pero no podemos quedarnos con él por falta de espacio.

-Ahhh...

-Es que vivimos en un ambiente muy encerrado nosotres dos...

-Sí, queride, yo sé cómo vivís.

-Y elle no tiene domicilio fijo donde parar. Por eso pensamos... que tal vez usted, que le tocó un poco de patio al fondo...

-Y contame, mije, ¿de dónde salió esta criaturita?

-Lo... encontramos en la calle.

-Ah, pero entonces tiene dueño.

-Emmm...Pensamos que sí. Vamos a hacer una búsqueda. Pero mientras tanto, necesitamos dejarlo en algún lugar amigable.

-Claro. Pobrecito. Debe estar asustado. Me da la sensación de que lo conozco, de haberlo visto pasear por el barrio...

-Es un tránsito sólo por unos días, hasta que le encontremos a su humane... O le consigamos nueva familia.

-Yo tuve mis compañeros canes, pero me vi obligada a cuidar más mi salud. No es fácil ocuparse del bienestar de una criatura humana o animal a mi edad. Pero ahora que vivo con Eric...yo...

La señora exhala un aliento nervioso.

-Chiques... antes de arreglar nada, yo quisiera decirles algo.

-Sí, doña, díganos.

-Chinche, queride. Yo te conozco desde que viniste a vivir al complejo.

-Sí, señora.

-Vos... sos una persona de confianza.

-Bueno... ¿gracias? Ah.

-Y te agradezco mucho que me hayas enseñado a usar el lenguaje no binario. Y que me hayas ayudado en mi deconstrucción de consumos culturales.

-Ahre, doña. No es para tanto.

-Tus amigos, ¿también son de confianza?

-Eeemm... ¿A qué se refiere con su pregunta?

-Me refiero a que vos ayudas a la gente. Vos ayudaste a la hija de Pamela, del piso 12...

-Ah, sí. La Chuky.

-La Chuky, sí. Pobre piba. Imaginate lo que estaría haciendo ahora, con un hije no deseado.

-Por suerte se pudo evitar.

-Bueno... les tengo una propuesta. Si yo me quedo con el perrito, hasta que le consigan casa... ¿vos y tus amigos me ayudarían?

-¿En qué, señora Clarisa?

-Es algo que me tiene muy preocupada. Pero yo sola no sé cómo resolverlo.

LES CÓMPlices

Chinche viaja con la mente. Los bancos de su memoria abren las puertas y elle se introduce en diversas escenas que le han marcado en los últimos años. Mágicas escenas de vandalismo a la par de las marchas. Rescate de animales de mataderos. Encuentros frente a comisarias en busca de la liberación de algúne compa detenide. Acompañamientos eventuales a personas gestantes que requerían ayuda para un aborto con pastillas. Reclamos frente a lugares públicos donde se había cometido alguna injusticia en contra de una persona trans. Represiones, gases, paños con limón, escapes del brazo de compañeres por las calles humeantes, sorteando patru-lleros.

Y no puede evitar preguntarse por qué hay tantos lugares queridos a los cuales no puede volver, tantes cuerpos que alguna vez abrazó, y hoy son siluetas distantes, que no saludaría si les cruzara.

Aquellas vivencias que desbordaban intensidad y promesas colectivas, se han vuelto una mera proyección privada en la pantalla interior de su psique. Chinche las analiza una y otra vez, sin chance de respuestas que le satisfagan.

No se ve a sí mismo como alguien valiente. Muchas veces tuvo miedo y se sintió insuficiente y torpe como para habitar la primera fila de los combates. Otras se vio interpelade por personas que le consideraron violente por reclamos que para elle eran apenas ajustes tibios de privilegios omniscientes.

El largo tránsito por las luchas fue empeorando su estabilidad emocional, sobre todo porque nunca encontraba apoyo cuando elle lo necesitaba. Le dolía reconocer la indiferencia con la cual era tratade y prefería responsabilizarse a sí mismo por su carácter introvertido, que según elle, le dificultaba pedir ayuda.

La violencia le conmovía el corazón y le producía rechazo y angustia. Y pese a que sabía diferenciarla de la autodefensa, añoraba con todas sus fuerzas un mundo sin conflictos, donde el flujo de

bienes no se produjese a través del abuso y el arrebató. Un planeta donde la herida mortal del especismo pudiera sanearse y sellarse para siempre con olvido.

Tanto le costaba sobrevivir la indiferencia frente al abuso, que una vez probó fugarse de su propix cuerpo. Falló y en esa negación alienante se situó para seguir en una búsqueda solitaria de respuestas a su dolor. Pero aunque su aporte individual en el presente no fuese tan sustancial como en otras épocas, él prefería dar una mano a quedarse de brazos cruzados.

-... y quiero que sepas, Chinche, que lamento mucho lo que pasó. Que nunca quise mentirte al respecto. Y que estoy infinitamente agradecida con los tres.

La voz suave pero firme de la señora Clarisa trae a Chinche de regreso al presente.

-Y sé que estuvo mal que no te dijera en qué consistía esta acción directa claramente, hijo. Pero llegué a un punto en mi vida en que no me importa lo que piensen otros... y otras... y otros. Sé que lo que se hizo, se hizo para un bien.

La mano áspera y calma toma entre las suyas la mano más joven y aún temblorosa de Chinche. Él baja la vista.

-Está bien, doña. Yo la entiendo- responde Chinche y sonríe con amargura.

SEGUNDA PARTE

EL NARCOCLÍNICO

LES CONSPIRADORXS

-Desde el primer día, mi nieto tuvo problemas en la Clínica. Por cómo es, por cómo habla. Cosas que las personas se dicen unas a otras por ignorancia. Ustedes se lo deben imaginar. De que hagan chistes con la orientación sexual, con el pelo y la ropa y la mar en coche. Pero Eric no les contestaba nada. Yo ni enterada estaba. Después de un tiempo se puso peor y ahí supe todo. Peor, me refiero a peor de violencia física. Un día lo veo entrar apoyándose un pañuelo en la cara y le pregunto, ¿qué tenés, hijo? Y ni me responde. Y la verdad es que el pobre ya venía con el humor cambiado desde hacía días. Pero que llegara de trabajar herido, con la ceja partida... me pareció mucho. Y se lo dije. Y ahí me enteré. Que en la clínica, dos de sus compañeros lo acosaban. Que mientras él llevaba el carrito de las sábanas, lo empujaban. Que se le apoyaban encima. Que le habían tocado sus partes. Que hasta lo habían querido violar. Él se defendió, como pudo, porque ellos eran dos. Pero yo no entendí. ¿Por qué no hablaba con su superior? ¡Con sus jefes! ¿No tienen jefes en la clínica?, le dije.

La señora Clarisa hace una pausa y acaricia la cabeza de Daryl. El perro le sonrío

-Y él me dijo, que te crees, Clarice, que no lo hablé ya. Y sí, primero acudió a su jefe de área. Un tipo desagradable, yo lo conozco porque vive a pocas cuadras. Esa gente que se hace la buena pero cuando alguien les va con un problema... Ni entendió lo que mi nieto le estaba diciendo. Vaya a hacer escándalos a otra parte, donde no tengamos cosas urgentes que resolver, le dijo. Porque dicho sea de paso, es un desastre, ese lugar. Eric algo sabe, por cosas que les comentaron algunas empleadas administrativas. Irregularidades de todo tipo, con el dinero de las prepagas... En fin, no me dejen irme por las ramas, porque si no, no termino más. Bueno, en qué me quedé... Ah, sí. El director. Mi nieto fue a ver al director en persona. La primera vez que hablaron, le dijo lo mismo que el jefe de área. Que tenían cosas urgentes y lo de Eric era una pava-

da. Pero ya para la cuarta, mi nieto le hizo un piquete frente a al despacho. Y me contó que este cretino lo miró de arriba abajo y le dijo que cómo sabía si en realidad él no estaba difamando a sus compañeros. Que él los conocía, a los dos, que uno estaba casado y el otro de novio, que no eran degenerados. Que además esas cosas no pasaban entre hombres y que no lo tomara por idiota.

La anciana se levanta de la silla cadenciosamente. Va hasta la puerta que da al patio interno y la abre de par en par

-Vení, Pichi, vení. Vamos para afuera, dale.- El perro explora furtivamente el amplio cuadrado lleno de macetas.

-Desde aquel momento se puso todo peor. Los muy desgraciados empezaron a decir que Eric los molestaba a ellos, que el degenerado era él... ¡y que él los acosaba a ellos! ¡Y lo más indignante, es que el Director los avaló! ¡El Director de la clínica! Que es un... qué quieren que les diga. La madre no tiene la culpa y no la voy a insultar. Ni la madre ni las trabajadoras sexuales tienen la culpa de que las personas sean como es él. ¡Un flor de sorete!

Chinche le pasa un mate, recién arreglado y espumoso pero la señora Clarisa lo rechaza, dándole las gracias.

-Yo sé que ustedes saben que esto que les estoy contando no es una locura, que pueden pasar cosas así. Me refiero a que un varón sea acosado. ¿Ustedes me creen?

-Claro, doña- dice Mosqui.

-El género no tiene nada que ver con ser receptore de violencias sexuales-agrega Chinche.

-Gracias, queridos. Pero, ya ven. Eric llevó su caso a una abogada, que le prometió el oro y el moro y al final se retiró, por la red de corrupción que hay en la clínica. Las cosas que pasan ahí, si llegasen a la justicia. Eso no es medicina, ¡ese lugar es una carnicería!

-El concepto de medicina privada ya es algo violento- dice Pioje.

-Además de que la medicina, como institución, está cimentada en

la explotación, cosificación y tortura de personas pobres y racializadas- acota Mosqui.

-Qué horror... pero es verdad- murmura la anciana.- Bueno, la tortura es una deuda histórica que habría que demandar... pero mientras tanto, a mi nieto lo acosan y lo amenazan a diario. Y él no quiere irse del trabajo. Es muy testarudo. Cree que les va a ganar por cansancio. Pero yo tengo miedo...

La señora Clarisa se abraza los codos y Chinche simplemente pregunta:

-¿Qué quiere hacer, doña?

-Un escrache, queride. Un escrache bien grande.

LES VÁNDALES

El director de la clínica ríe a carcajadas ante lo inusual de las circunstancias: cuatro personas, entre ellas una anciana, llevan a cabo un escrache con pegatinas en el establecimiento que dirige. No ríe por la falta de motivos que impidan denuncias penales hacia su persona, sino más bien por el método empleado para exponerlo y las razones que enumera la mujer de pelo blanco y bastón.

-Usted sabía perfectamente que a mi nieto lo habían querido violar sus dos compañeros de trabajo y no hizo nada. No sólo no hizo nada sino que se rió en su cara, como se ríe ahora, frente a mí y a mis amigos... ¡Usted es tan responsable de las agresiones como los otros dos violentos!-

El director repara en las actividades agitadas de las otras ¿personas? Las capuchas, los pañuelos envolviendo la parte inferior del rostro, los pelos de colores sobresaliendo, el aspecto desprolijo y sucio, rondando lo indigente. Ninguno de los tres emite palabra. Se dedican febrilmente a empapelar la oficina con carteles que expresan que en su clínica hay acosadores y violadores y que él los encubre.

-¿Y? ¿Solamente se va a reír? ¿O va a llamar a los violadores que trabajan para usted?

Ante esta última intervención de la señora Clarisa, el director manotea una botella de agua mineral y bebe, intentando aplacar el ahogo producido por el ataque de risa. Roja de ira, la anciana levanta el bastón, dispuesta a la peor venganza. Pero el viaje del apoyo ortopédico queda interrumpido por una voz familiar:

-¡Abuela! ¿Qué estás haciendo acá?

Eric, pálido, contempla la escena a un costado de la puerta abierta.

-Abuela... ¿por qué?

El prolongado silencio endurece los alientos. Pioje interviene tí-

midamente.

-Señora Clarisa... ¿él es su nieto Eric?

-Sí, queride, es mi nieto.

-¿Y... él no sabía?

-¿Qué es lo que tengo que saber?- ruge Eric.

-Que íbamos a hacer un escrache...

-¡Un escrache! -interrumpe el Director, llorando de la risa- ¿Pero a quién van a escrachar ustedes, manga de vagos? Y usted... señora... no le da vergüenza. Una mujer grande. ¡Una abuela! Vaya a darle de comer a las palomas, mejor. Y ustedes, payasos... o payasas, andá a saber qué mierda son...

El director apunta con el dedo a los escrachadores.

-Ustedes, que me vienen a ensuciar el despacho. Ahora mismo, me lo van a limpiar. ¡Oscar! ¡OSCAAARRR! ¡Vení urgente!

Oscar, el enorme guardia a cargo de la seguridad al cual la señora Clarisa entretuvo con un desmayo fingido para que los escrachadores pudiesen introducirse en el despacho, se corporiza súbitamente detrás de Eric. Su espalda ancha y musculosa parece querer desgarrar la camisa azul que la envuelve.

-Cerrá la puerta, Oscar.

Oscar empuja a Eric adentro del despacho y cierra la puerta con llave.

-Y enseñales a estos energúmenos un poco de modales.

El guardia se abalanza sobre Pioje. Mosqui se pone delante y Chinché se aproxima por detrás, celular en mano. Enciende la cámara del dispositivo y alza la voz:

-Dejo constancia que en la Clínica de Las Tres Gracias, hay una situación de abuso y violencia sexual y estamos con los compañe-

res intentando hacer visible la complicidad de Marcelo Duplecich, el direct..

-¡Dame eso, la concha de tu madre!

El Director le arrebató el celular de las manos. Chinche, en su afán por recuperarlo, salta sobre él y se le cuelga del cuello. Oscar acude en socorro de su jefe y Mosqui, Pioje y la señora Clarisa se pliegan en la contienda.

La estrambótica figura de miembros entrelazados en lucha se mueve desparramando papeles, sillas, monitores y otros objetos. La furia poguística se traslada en desplazamientos torpes pero veloces, que tienden hacia el ventanal del quinto y último piso de la institución. En medio de aquella danza desmadrada de extremidades impulsándose a piñas, un giro brusco deshace el enredo. Entonces la bola humana se disgrega repentinamente. De su núcleo parten dos cuerpos que se eyectan, atraviesan el vidrio y caen todavía entreverados, provocando alaridos, frenadas de autos, bocinazos y la conmoción terrible que siempre trae aparejada la terminación violenta de cualquier existencia.

LES PRÓFUGUES

Los gritos de Eric atan nudos de angustia en las entrañas de la señora Clarisa. Se acerca a los fragmentos de cristal estrellado que antes fuera el ventanal y posa una mano sobre el hombro de su nieto.

-Hijo... por favor... tratá de calmarte.

-¿Cómo me voy a calmar?! Dos personas acaban de morir... ¡por mi culpa!

-No, hijo, no te responsabilices por esto...

-No. Es cierto. Esto es culpa tuya. ¿Por qué, abuela? ¿Por qué tenías que intervenir de esta manera?!

-¿Es que vos no me dejabas hacer nada para ayudarte a salir de esta situación horrible!

-¿Y esto que pasó te parece la solución a mis problemas?

-Doña...-Chinche interviene tímidamente- Usted nos dijo que Eric estaba de acuerdo...

-Yo nunca hubiera estado de acuerdo con esto.

-Señora Clarisa-prosigue Chinche- no se puede hacer un escrache si la persona damnificada no quiere hacerlo. No está bien faltar al consentimiento.

-¿Consentimiento? ¿Y si mi nieto era el que terminaba atravesando un vidrio y estrellándose contra la acera, en vez del Director y su matón? ¿Eso hubiera estado mejor?

-No, pero...

-Los escraches siempre terminan trayendo peores problemas... todo el mundo lo sabe-suspira Pioje.

-¡Esto es una locura! ¡Vamos a ir presos, abuela!

Eric se clava los dedos en el rostro. La señora Clarisa aferra sus manos encallecidas a los brazos del nieto.

-Hijo. No vamos a ir preses. Tenemos que salir de acá. Les chiques ya se están encargando-señala a Pioje y a Mosqui, ocupades con toda el alma en desmontar la pegatina de las pulcras paredes del despacho. –Yo sé que vos conocés una salida. Algún recoveco donde nos podamos meter para zafar.

-No puedo creer esto...

-¡Hijo!- la señora Clarisa levanta la voz pero de inmediato vuelve a dulcificarla- yo sé que estuve mal. Sé que tendría que haberte pedido permiso y que engañé a les chiques que viven al lado de casa. Sé que es terrible lo que acaba de pasar y que pudo haberse evitado. Pero también me pregunto, si lo que le pasó a tu mamá podría haberse evitado si yo hubiera hecho algo.

Eric baja las manos y da un respiro profundo.

-¿Ya terminaron? –les pregunta a Mosqui y a Pioje.

-Sí.-Mosqui empuja los restos de evidencia dentro de su mochila y levanta el pulgar.

-Bueno. Síganme. Pase lo que pase, no se separen de mí.

Eric, su abuela y les amigos abandonan a hurtadillas el despacho y desaparecen por una puerta al final de un pasillo en declive. Afuera, ambulancias y patrullas compiten por contaminar los oídos de cuanta criatura viva exista, con su escandalosa polución sonora.

LES VIOLENTEDES

Mientras avanza por pasadizos lúgubres en busca de una salida, Eric recorre un camino interno de recuerdos que lo llevan directo al corazón de un gran dolor.

Paula preparándose para ir a trabajar como cualquier otro sábado por la mañana. Él tomando té y mirando dibujos animados en la tele. Ella acariciándole la cabeza y diciéndole que se fijara que su abuela tomara las pastillas para la presión. Las horas pasando, la tarde volviéndose noche. La ausencia sin aviso. La abuela llamando a los celulares de su hija y del dueño del kiosco que la empleaba. El silencio roto por la alarma de un patrullero. El relato de lo sucedido, que Eric, con seis años de edad, entendió sólo en parte. La rigidez en las manos de su abuela cuando lo tomó del brazo y lo llevó a la casa de la vecina. Días inexplicables sucediéndose sin poder diferenciarse porque en todos faltaba su madre.

El femicida era su propio padre. Había interceptado a su ex pareja en una parada de colectivo y atacado en plena calle. Luego de dispararle a Paula se quitó la vida. Desde ese momento, el niño quedó a cargo de la abuela materna, que lo crió sola y luchó para impedir todo contacto con la familia del asesino.

Desde los diez años, Eric fantaseaba con la resurrección, no de su mamá, sino del femicida. Lo imaginaba apareciendo imprevisiblemente en el departamento y se veía a sí mismo descargando con violencia todo el asco que albergaba su consciencia desde pequeño. Fantaseó durante años con las maneras más macabras de asesinar al muerto. Enfrentado a situaciones extremas en la edad adulta, supo que nunca podría llevar a cabo un acto semejante en la realidad.

Está orgulloso de haberse defendido una y otra vez de agresiones, tanto de desconocidos en la calle, como en ambientes de estudio o laborales. Pero la autodefensa extrema le despierta un horror físico incontenible.

Sabe que él no fue el propiciador de la caída y sin embargo se siente responsable. La pregunta de qué hubiera pasado si no hubiera contado nada a su abuela, acerca del acoso le taladra el pecho. Pero por cada golpe al corazón, el interrogante proferido por la señora Clarisa agujereja doblemente su alma.

-Acá está-dice al grupo de fugades, casi en un susurro-. Esta es la salida.

LES ENCENDIDES

Pioje despierta intermitentemente de pesadillas, cuyas imágenes se disuelven sin que llegue a comprenderlas. Hace un ademán de levantarse del colchón para salir del embotamiento pero sabe que no puede ponerse de pie. Comprende que sigue ocupando un pequeño espacio en la pieza de Chinche. Que no hay agua corriente ni implementos para prepararse infusiones, y la lobreguez del baño sin luz eléctrica le produce ansiedad.

Se acurruca y cuenta las figuras geométricas de una cortina. Por la nitidez que muestra el estampado, calcula que afuera es mediodía. Busca con la vista a Chinche pero no está en el cuarto. Se rinde a la inacción y cierra los ojos. Respira. Palabras sueltas. Sensaciones de vacío y de opresión a la vez. Sin que pueda evitarlo, se ve inmerso en otra pesadilla. Una que le acompaña desde hace tiempo.

Sueña con alguien que cree que es elle mismo. Este doble le mira por la ventana de un edificio alto. La abre y se arroja pero al llegar a la acera, cae de pie. Corre hasta donde está Pioje, que quisiera huir y no logra mover un solo centímetro de cuerpo. La parte inferior del rostro de su doble está cubierta por algo. Parece tratarse de un elemento de higiene médica.

-Ayudanos-el doble junta las manos y suplica.-Vos podés cambiarlo todo. Todo lo que está por pasar.

-¿Qué? ¿Qué va a pasar?- Pioje pregunta a gritos pero la voz sale de su boca como un hilo de humo.

-Los animales morirán. El agua se secará. Va a haber fuego. Y junto con el fuego, vendrá una plaga.

El doble de Pioje se transforma en el venado rojo y azul, como tantas otras veces en el sueño. De la antigua apariencia humana sólo queda el barbijo, colgando a un costado del hocico. Una chispa caída del cielo crece hasta convertirse en una llamarada y envolverle.

-Todo esto se puede evitar -dice el venado- Pero tenés que matarlo.

-¿A quién?... ¡¿A quién?!

Pioje teme despertar antes de conocer el nombre del destinatario de semejante pedido, como ha ocurrido con anterioridad. Pero esta vez se disuelve el enigma:

-Al presidente.

-¿A Macri?

-No.

Pioje mira a su alrededor. Elle y el venado mantienen aquella extraña conversación en medio de una gran avenida de la ciudad. Un imponente automóvil negro con escolta, más parecido a una nave de guerra que a un simple vehículo, pasa gravemente a su lado. Pierde de vista al venado pero le escucha gritar claramente:

-¡A él! ¡Tenés que matarlo a él!

Pioje ve al presidente de los Estados Unidos asomarse por la ventanilla. En contraste con la cara ancha y naranja, los labios del primer mandatario se ven finos y pálidos y esbozan una mueca de desprecio.

-¡Matalo! ¡Matalo ahora mismo!

-¿Qué?... ¡No!

-¿Por qué? ¿Estás de acuerdo con sus políticas de exterminio?

-¡No! ¡Pero no puedo matar a nadie! -exclama Pioje.

-¡Es por nuestro bien! ¡Por el bien de todo el planeta!

-¡No puedo matar!

-¡Pero ya lo hiciste!

-¡No es lo mismo! ¡Fue un accidente!

-Es igual. Ya mataste. Dos veces. Por eso ahora puedo pronunciar el nombre.

-No puedo. Ni quiero. ¡Nunca quise hacerlo!

Las llamas comienzan a envolver al venado.

-¡No!-grita Pioje

-No me queda más tiempo. Es él o nosotros.

-¡No! ¡Basta!

Pioje abre los ojos. Los latidos de su corazón le aturden. Se cubre con la almohada y llora. Todavía puede ver al hermoso animal que soñó ser, mientras el fuego licua los brillantes colores de su pelaje.

LES VICTIMARIES

Por mucha intención de ocultarla forzando hacia abajo las comisuras, la señora Clarisa termina exhibiendo una sonrisa dichosa entre mate y mate. Embutida en el destartalado sillón de la cocina-dormitorio, se repite a sí misma su inocencia. El imprevisible y a la vez afortunado entrevero de cuerpos dispuestos en aquella extraña coreografía que cobró las vidas del director y de su matón... Si solo hubieran estado presentes aquellos otros, los acosadores de Eric. Si también ellos hubieran acabado con sus extremidades desbaratadas contra el asfalto, hubiera sido simplemente perfecto.

¿Por qué tengo que sentir culpa?, se pregunta al levantar la vista y toparse con el ceño fruncido de su nieto. La señora Clarisa es consciente de que Eric la considerará por siempre responsable de un desenlace macabro. Pero ella no puede estar de acuerdo en este punto. A su modo de ver, y luego de la muerte de su hija, el mundo se dividió abruptamente entre víctimas y victimaries.

La señora Clarisa se considera parte del primer grupo y según sus amargas conclusiones, dentro del amplio conjunto de víctimas, da cuenta de dos sub categorías: les que perduran a través del tiempo bajo amenaza constante de violencias y muerte, y les que perecen de forma violenta. Es difícil saber en qué sub categoría podríamos despertar, de la nada, un día cualquiera.

Les violentes viven al acecho. Su permanencia entre les demás seres humanos se justifica en el despliegue de su reinado de terror. Por eso hay que estar alertas y aprovechar las pocas oportunidades que otorgan las convenciones sociales, para liberarse de terroristas de las psiquis, y agentes a sueldo del abuso de poder.

Les violentes no son para ella, como supone el prejuicio, de temperamento fuerte ni de apariencia feroz. Pueden ser bellos, amables, silenciosos. Como el femicida de Paula.

La sonrisa de la señora Clarisa se apaga de golpe. Lucha por despejar su ánimo de la nube roja de aquella memoria y rebusca en el

celular el logo de Telegram para revisar los memes que comparte a diario con Chinche. En lugar de una fuga humorística, la señora encuentra un camino despejado hacia el llanto.

-¡Ay, no! ¡No puede ser!- exclama.

-¿Qué pasa, Clarise?- Eric se sobresalta.

-Aureliana.

-¿Qué, qué pasó?

-Ay, mi amiga.

-¿Qué, abuela, qué le pasa a Liana?

-Se fue, mijo.

-¡¿Qué?!

-Se durmió.

TERCERA PARTE

EL PLANERO ECLESIAÍSTICO

LES CONFIDENTES

-Amigue, ¿estás bien?

-Sí... bueno, no sé.

-¿Necesitás tomar algo?

-Un poco de agua. ¿Dónde está Chinche?

-Salió a buscar la bolsa agroecológica. Hay mucha cola para recibirla, por eso está tardando un poco. Me pidió que venga a verte, porque le preocupaba dejarte solo.

-Gracias.

-De nada.

-Yo... tuve un sueño.

-¿Sí? ¿Querés contármelo?

-Es el mismo sueño de siempre....

-¿El venado?

-Sí... aunque ahora, no sé si es un sueño o una visión. Es demasiado real.

-Pero es sólo un sueño.

-Eso espero. Tiene que serlo.

-Puede que sea un sueño lúcido. Por eso lo sentís tan intensamente.

-¿Qué es eso?

-Es cuando en medio del sueño te das cuenta de que estás soñando.

-Ah, entonces no. Porque en realidad... Es difícil de explicarlo. Es como si la realidad fuese la del sueño, y lo que veo al despertar fuese de mentira.

-Qué fuerte.

-Pero el de hoy no es el mismo sueño. Pasó algo más.

-¿Qué?

-Pude escuchar el nombre.

-¡Wow, el nombre! ¿Y quién es?

-El presidente.

-¿Macri?

-No. El presidente de USA.

-¡¿Donald Trump?!

-Sí.

-Watafac.

-Y después de que el nombre fue pronunciado, el fuego consumió al venado, como siempre. Y yo me puse a llorar.

-Qué garrón, amigue.

-Es demasiado real.

-No te preocupes. Estamos acá. En lo de Chinche. Esta es la realidad, al menos en apariencia, ahre.

-Pero esta realidad también es hostil.

-No puedo decirte lo contrario.

-Mosqui...

-¿Si?

-Gracias.

-¿Por?

-Por escucharme.

-No tenés que agradecermelo.

-Pero quiero hacerlo, igual.

-Gracias a vos, por haber viajado desde el sur, para pasar el verano con nosotros.

-Ojalá hubiera sido diferente.

-Lo importante es que sucedió.

-Sí. Gracias.

-A vos.

LES RIQUES

-Sí, diga...

-¡Hola, Clarisa!

-¡Lucía!

-Sí, Clarisa, soy yo, Lucía.

-Sí. No hay dudas de que sos vos.

-¿Cómo anda, Clari? ¿Tanto tiempo?

-¿Y cómo tendría que andar, decime?

-Sí, bueno... A todos nos llega, ¿no, doña? Mamá ya era grande. Se nos fue feliz, ni se dio cuenta.

-...

-Clarisa, mire. No la voy a molestar mucho. Sólo necesito pedirle un favor. Porque yo sé que usted la quería tanto a mi madre. Ustedes eran más que vecinas. Yo me acuerdo siempre de cuando vivía allá en los departamentitos. ¿Usted también se acuerda? ¿Que me leía esos cuentos? Qué locos esos cuentos de terror en el espacio... ¿Se acuerda, Clari?

-Me acuerdo, sí.

-Bueno. No le voy a quitar más tiempo. Lo que yo necesito es que usted... o su nieto, quizás... Que alguien de ustedes se encargue de la despedida de mi mamá.

-...

-Del velatorio, ¿me comprende? El entierro... los papeles, más que nada. Yo estoy lejos, ¿sabe? No puedo viajar ahora. Necesito alguien que sea mi apoderado. ¡Yo pago todo, por supuesto! No es que usted vaya a poner un peso. Es mi mamá y yo me encargo. Gracias a Dios, me va muy bien en la empresa. Gracias a Dios y

a que me rompo el alma trabajando, claro... ¿Me escucha, Clari?

-Te escucho, sí.

-Por supuesto que mi mamá se va a ir con lo mejor que yo pueda darle. Eso desde ya. Pero imagínese que yo, estando tan lejos, necesito apoyo.

-Me imagino, Lucía.

-¿Puedo contar con usted, entonces?

-Podés contar conmigo.

-¡Gracias, Clari! El favor que me hace...

-Ojalá tu madre hubiera podido contar con vos.

-¿Pero qué...?

-¿De qué sirve que le pagues un velatorio y un cajón de madera caro, si en vida nunca te acercaste a ver qué necesitaba?

-Mire, señora. Yo no tengo por qué rendirle cuentas a nadie de lo que hago con mi tiempo.

-Yo no te pedí ninguna cuenta. Ojalá lo que sumes y lo que restes lo lleves siempre en la conciencia.

-Escuchemé, ¿me va a ayudar, o no? Pásame un CBU así le hago un depósito y dejamos de lado toda esta violencia verbal.

-¿Violento, te parece lo que te acabo de decir? Violento sería que te dijera que tu madre siempre te importó un pepino, que te avergonzabas de ella porque era analfabeta y que la abandonaste para vivir con el desgraciado de tu padre.

-¿Sabe qué? Deje. Voy a buscar a otra persona que me ayude. Alguien que no me juzgue por mis logros.

-Logros, claro.

-Ni que juzgue a mi padre tampoco, que en paz descanse.

Tercera parte

-Si hay justicia, de seguro no es paz lo que le tocó a tu padre en el otro mundo.

-Chau, Clarisa, que tenga buen día.

-Chau, Lucía, que tu madre te perdone.

LES DISTRAÍDES

Chinche y Mosqui fuman flores y discuten acaloradamente en un escondrijo, encima del púlpito de una catedral gótica. Debajo de ellos, ignorándolo todo, el cura joven y hegemónico oficia una misa de réquiem.

-¡Amigue, ya fue!-exclama Chinche.- No va a pasar nada. No nos van a hacer nada. Hace semanas que vengo gogleando y todas las noticias dicen lo mismo.

-Es que no puede ser. No puedo creer que todo sea tan ridículamente fácil.-Mosqui escupe un gargajo oscuro encima de una biblia roída por las polillas.

-No importa lo que creas. Tarde o temprano van a cerrar la causa. El Director de la clínica era un turbio que se había zarpado en trampa y estaba lleno de enemigos. Investigarán a un montón de gente y después lo olvidarán. Nunca nos van a relacionar a nosotros con ese, digamos, accidente.

-¿Y Eric?

-¿Qué?

-Tal vez alguien piense que él pudo haber hecho algo...

-Eric renunció al otro día y a nadie le importó. Están todes obsesionades, pensando si al Director lo mató el narcoterrorismo, la yuta, alguna ex o la mafia farmacológica.

Mosqui se pasa una mano por la frente, entrecortada de preocupación.

-No me siento bien. Con nada de lo que pasó. Todavía pienso en el esclavista del parque.

-Pero no hubo denuncias. Ni una sola mención en los medios.

-Esto no está bien. ¡No me siento bien!

-Yo tampoco. Nunca pensé que algo así podría generarme estrés post traumático.

-¿Algo como qué?

-Algo como la muerte de dos soretes hijos de yuta que perjudicaron a medio mundo. No entiendo por qué nos preocupa tanto. Tendríamos que estar contentes.

-No puedo estar contente. Yo siento que es una violencia enorme que no busqué y que me cayó de arriba.

-Sí. Yo siento lo mismo.

-Mi teoría es que aparecer justo en el radio de acción de violentos como el dueño del perro o el Director de la clínica, estar en la proximidad de gente tan mierda, termina teniendo un efecto centrífugo, que te absorbe quieras o no.

-Qué... bizarro. ¿Vos decís que es como el pogo, pero al revés?

-¿Cómo? No entiendo...

-Cuando estamos en un pogo, la energía que se genera, crece con la participación voluntaria de otros. Por lo tanto la carga de violencia que liberamos en esa situación, en la mayoría de los casos no es dañina... o mejor dicho, no busca dañar, sólo ser canalizada para que nos sintamos mejor. En cambio esto otro...

-Sí, estoy de acuerdo en la analogía que planteás. Ninguno de nosotros quería entrar en esos pogos. El magnetismo de los violentos nos absorbió. Fuimos arrojados en el ojo del huracán.

-Pero de todas maneras... nadie sabe nada. No tendríamos que preocuparnos más

-¡Pero nosotros sabemos!

-Y vos, ¿pensás ir a declarar, acaso?

-No, pelotude.

-No me adjetives.

-A lo que voy es que siento una ansiedad intensa cada vez que pienso en esas muertes que no estaba en mis planes provocar. Y a veces no sé cómo sobrellevarlo.

-Tenemos que ser fuertes. No podemos darnos el lujo de poner en peligro a Pioje o a doña Clarisa, o Eric.

-Lo sé. Perdón por adjetivarte.

-No te preocupes. Yo también estoy harto. Me da mucha ira que nunca se acaben mis problemas.

-Yo tengo la misma sensación.

-Y estar en una iglesia tampoco lo hace más llevadero. No sé vos pero yo me bajo ahora mismo y me voy.

-¿Dónde está Pioje?

-Abajo, en el réquiem, con doña Clarisa. Vayamos a buscarle y nos tomamos el ovni.

-Esperá, amigue. Tenemos que bancar a la señora. Está muy mal por la muerte de doña Aureliana.

-Todes vamos a morir, sea como sea. Por lo menos esa mujer murió de viejita, mientras dormía.

-¿Quién te dijo que la doña murió tranquila? Estaba sola y vivía en un metro por dos, peor que el mío.

-No sabía.

-La que sí sabía era la hija, que tenía toda la guita y la dejó más tirada que el feminismo a les sobrevivientes de ASI.

-Xaternar es una condena.

-Es una cis-condena.

Mosqui y Chinche salen con cuidado del escondrijo. Está oscuro

y se desplazan a tientas, adivinando con dificultad dónde apoyar los pies.

-¡Uy, tené cuidado, wache! –exclama Chinche.

-Perdón, amix, no sabía lo que estaba pisando.

-¡Amigue, cuidado!

La pierna de Mosqui queda enganchada en las aristas de un complejo artefacto de madera y metal.

-¡Amigue, estoy atrapade!

-No te preocupes, yo te voy a sacar.

Chinche toma a Mosqui por debajo de los brazos y empuja con todas sus fuerzas. Mosqui siente un desgarró y aguanta un alarido. El artefacto que le tenía cautivo chirría y se sacude sin control. Su pierna, desnuda a causa de la rotura del jean, es expulsada sin daños importantes, apenas con algunos raspones.

Les amigues están a salvo. Pero debajo de ellos, el horror inesperado que acaban de causar sin desearlo, desata una infame cacofonía de gritos.

LOS ENAMORADOS

-Hola.

-Hola... te conozco, ¿no?

-No. O sea, sí. Nos vimos. Una vez. Pero no sé tu nombre.

-Me llamo Alix.

-Hola Alix. Soy Eric...

-Hola, Eric...

-Jaja.

-Jaja.

-...

-Bueno, Alix. Yo quería decirte que sé dónde está él.

-¿Sabés dónde está Daryl?

-Sí. Vive conmigo y con mi abuela. En las torres al final del barrio.

-¿En serio? Qué hermoso.

-...

-Quiero decir que me parece hermoso que esté vivo y bien. ¿Está bien, no?

-¡Sí! Con mi abuela lo amamos. No tenemos tanto espacio para que se sienta cómodo, pero yo lo saco a pasear todos los días.

-Ama salir.

-La otra vez, cuando te vi, ¿estabas haciendo una pegatina con este flyer, no? No llegué a verlo.

-Sí, estaba buscando paredes piolas donde pegar. Qué coincidencia jaja.

-Sí, jaja.

-Yo...

-Yo...

-Jajaja.

-Perdón, habla vos.

-No, está bien.

-Bueno, eso, que Daryl está en mi casa. Si querés, podés venir a buscarlo.

-Sí, me encantaría. ¿Ahora?

-¡Cuando quieras! Es decir, cuando puedas.

-Ahora mismo entonces.

-Si para vos está bien.

-Obvio que está bien.

-Genial...Pero... Eric...

-¿Sí?

-Tu cara... y tu ropa... ¿te pasó algo?

-Sí... bueno, no a mí. No es mi sangre, si te referís a eso, yo estoy bien.

-¿Pero estuviste en un accidente?

-Algo así... Uno de los accidentes más bizarros que vi en mi vida.

-¿Me lo podés contar?

-Sí, de una... Alix...

-¿Sí?

-Tengo la sensación de que te conozco. De hace mucho.

-Yo también.

-...

-...

-Jajaja.

-Jajaja.

LES FIELES

El sacerdote observa extrañado los rostros de algunos de los asistentes al réquiem. Gentes del barrio Samsung, que viven en las torres de monobloques, y vienen a despedir a una de las primeras vecinas del complejo. Al sacerdote no le causa intriga que el fallecimiento de una anciana humilde sea homenajeado en esta catedral imponente. Fue informado de la hija única, empresaria rica, que desde hacía décadas no tenía trato con su madre, pero cuenta con los suficientes escrúpulos heteronormativos como para abonar un velatorio formidable y un panteón opulento.

Lo que indigna al sacerdote es la osadía de aquellos vecinos miserables de las torres, luciendo ropas raídas y emanando fetideces corporales en su ámbito laboral.

-Por favor, si hasta acá me llega el olor a droga que largan- murmura, con la mirada perdida. Sacude la cabeza y prosigue su ensayado lamento.

-Hermanos... hermanas... cuánta... *humildad*...y cuánta gratitud, veo en sus rostros. La gracia de haber conocido a una persona generosa como la señora... Aureliana Lares. Una mujer de cuerpo pequeño... pero de corazón enorme. Ese corazón enorme nos ha convocado a este saludo final que...

El sacerdote da un respingo. El llanto agudo de las últimas filas le vibra en las vértebras.

-Hermana, por favor. Le ruego tenga confianza. Su amiga ya no sufre. Ella ha vuelto al Padre.

-¡Al padre de quién!- solloza la señora Clarisa- Mi amiga no tuvo padre ni madre. Ni marido tuvo. Solamente una hija, que crió ella sola y que la abandonó ni bien pudo.

-Hermana, no es este el lugar ni el momento.

-Abuela, vamos-Eric toma a la señora Clarisa por los hombros.

Ella esquiva el abrazo incómodo de su nieto y señala el imponente cristo crucificado que pende sobre el púlpito. Es un autómatas con brazos articulados que se desprenden brevemente del resto de la anatomía y bendicen a distancia. Los ojos, equipados con sofisticadas lámparas, estratégicamente colocadas dentro de las pupilas, esparcen brillo artificial sobre el dolor de los asistentes.

-¿Cuánto gastan en este lugar? ¿En pavadas como el cristo ese, con los brazos que se le mueven y la luz en los ojos? ¿Sabe cuánto gastaba mi amiga por mes? Con lo que salió la instalación de ese armatoste ella podría haber vivido tres años. Y usted me habla del padre. ¿Del padre de quién?

-¡Hermana querida, le suplico deje de faltar el respeto de esta manera!

-Señora- interviene Pioje- Mejor nos vamos a las torres. A despedir a la señora Aureliana en su piecita, ¿no le parece?

-No. No me voy. Primero me van a escuchar.

-Vamos, abue, ya fue-rezonga Eric.

-Hermana, le pido por favor.

-No me trate de hermana, señor. ¡Si hubiera un dios, no permitiría que gente como ustedes vivan como viven, del trabajo de nosotros, les humildes!

-Y encima habla con la “e”-se burla una mujer de la primera fila-Qué vergüenza. Ni en la catedral podemos respirar tranquilos, hasta acá llegan estos negros comunistas.

-¿Y la seguridad?- gruñe su marido. -Que alguien le cierre el hocico a esa vieja loca de una vez.

-Prefiero tener un hocico, como dice usted, y no una amiga que abandona a su madre y la deja morir sola en un rincón miserable, como es su caso.

-Pero qué vieja horrenda, cómo se atreve a criticar a Lucía en su ausencia.

-¿Y la seguridad?

-Que alguien se lleve a estos negros o llamo al 911.

-Herm... estimada-el cura alza un brazo.- Le voy a tener que pedir que se retire. Querido, te encomiendo que te lleves a tu abuelita. Es comprensible la tristeza pero no hay dolor humano que justifique la blasfemia.

-Ya nos vamos.

-Sí, ya me voy. Ahora que les pude ver a la cara y decirles lo que pienso, de sus amistades ricas, y de su catedral horrible y de ese cristo, que parece una atracción del Parque de la Costa.

-Clarice, vamos.

-Ojalá existiera el Jesús del que habla la biblia-la señora Clarisa desafía al sacerdote con su anhelo-. Tenga por seguro que si Cristo fuese real, señor sacerdote, ¡usted sería el primero en ser ajusticiado...!

La velocidad desencadenada por lo inexorable, arrebató el último aliento necesario para terminar la frase de la señora Clarisa. El crucifijo con el Jesús que todo lo observa a través de sus pupilas encendidas se desprende súbitamente de la estructura forjada para sostenerlo y un silbido demoníaco rasga los alientos.

LES ERRANTES

Chinche, Mosqui y Pioje toman mate en silencio, sentades en un parque al costado de la terminal de ómnibus. Las copas de los árboles vibran al son del aliento otoñal. La voz monótona de un empleado anuncia por altavoz la llegada inminente de un nuevo micro con destino a una provincia del norte.

-Es el mío-Mosqui se pone de pie.

-¿Estás sure?

-Sí, es ese.

-¡Qué rápido llegó!-exclama Chinche, temiendo que un retorno al silencio disperse la potencia del afecto.

-Siento que tendríamos que poder resolverlo de otra manera-murmura Pioje. Les tres amigos caminan cabizbajes hasta la plataforma correspondiente.

-Wache... creo que le dimos todas las vueltas posibles a esta situación.

-Lo sé. Pero no puedo dejar de pensar que nos estamos dando por vencidos.

-¿Vencidos?

-¿Y qué tendríamos que hacer, después de ser salpicades por los sesos de un cura en plena misa?

-No me refiero a eso...

-Si seguimos juntas, puede suceder otra vez.

-Pero...

-Pioje, no podemos continuar como si nada, fingiendo demencia. Cuando estamos juntas, atraemos esto.

-No es coincidencia, amigue.

-Pero es muy doloroso separarnos así.

-Lo sé. Pero esto ya llegó muy lejos. No se puede vivir matando sin haberlo querido.

El micro se aproxima con la lentitud de un gran pez y encalla suavemente al borde de la plataforma. La hilera de pasajeros es breve. Les amigues perciben la fuga del tiempo entre abrazos tímidos de despedida. Esperan pacientes a que Mosqui suba al vehículo y tome asiento en el piso superior.

-Ya está-dice Chinche- No prolonguemos la agonía.

-No. Ya fue.

Pioje guarda el equipo de mate en su mochila de viaje.

-Bueno, amigue. Me voy para el lado de la autopista.

-¿Estás segure de irte a dedo?

-Estoy acostumbrade, no pasa nada.

-Te voy a extrañar, wache.

-Yo también.

-Te quiero, amigue.

-Yo, muchísimo.

LES ONÍRIQUES

-Hola, Pioje.

-Hola, Venado.

-Me alegro de que estés bien, después de todo lo que pasó.

-No estoy bien, pero lo voy llevando.

-Entiendo.

-¿Te puedo hacer una pregunta?

-Claro.

-¿Cómo te llamas?

-Los nombres son convenciones humanas. Ningún nombre puede abarcar la experiencia que soy.

-Perdón, es la costumbre.

-No hay problema.

-Es que como te sueño siempre, pensé que...

-Pero esto no es un sueño.

-¿No?

-No.

-Entonces es una alucinación.

-Tampoco es una alucinación.

-¿Y qué es?

-Es la realidad.

-...

-Estás despierte. Fijate. Tocá ese agujero en la pared.

-Pero ese agujero tiene unos cables pelados.

-Si es un sueño, nada malo podría ocurrirte.

-...

-...

-¡Ay!

-Lo siento. No pretendía que te diese un choque eléctrico. Pero me pareció la manera más apropiada para que entiendas que no es un sueño.

-Pero entonces, estamos en mi pieza.

-Sí.

-En Río Negro.

-Sí.

-En Viedma.

-Sí. Les dos estamos en tu pieza. En Río Negro, departamento Adolfo Alsina, Viedma. Pero no podemos quedarnos acá. Vos tenés que volver.

-¿A la Ciudad Autónoma?

-Sí. Tendrías que haberte quedado con tus amigos.

-¡Se los dije! Pero a ellos no les pareció buena idea. Tienen la teoría de que producimos una atracción por situaciones previamente generadas a través del magnetismo de personas violentas. Que ese magnetismo entreteje roscas mortales en las que nosotros quedamos enganchados sin quererlo. Pero como nosotros estamos acostumbrados a pogear, sobrevivimos a la muerte inminente que produce el contacto con hijes de yuta.

-No importan las teorías de tus amigos, Pioje. Vos, tenés que vol-

ver.

-No quiero. Ni puedo... Pasaron cosas.

-Sé todo lo que pasó. Por eso estoy acá.

-No tengo donde quedarme. Y no quiero comprometer a nadie más en esta situación.

-No va a ser necesario que te quedes mucho tiempo. Con un día bastará.

-¡No quiero volver! No podés obligarme a volver.

-Por supuesto, nadie te va a obligar. Pero es la mejor decisión que podrías tomar. Si es que amás a tus amigos y de verdad querés un mundo menos horrible, como tantas veces lo expresaste.

-No, no por favor.

-Solamente vos podés. Sos le elegide.

-¡No hagas eso!

-Nadie puede lograr la invisibilidad que se requiere para esta misión. Solamente vos.

-Por favor... ¡apagate de una vez!

-Por eso es necesario que me acompañes, ahora mismo.

-¡No soporto que te prendas fuego!

-No te preocupes por eso. Este fuego no me daña.

-¿No?

-No. Es otra especie de fuego.

LES SEPARADES

La ventanilla del micro luce opaca pero Mosqui apenas lo nota porque navega por dentro, en busca de respuestas. La percepción aguda de realidades sutiles que porta desde la niñez, fue bloqueada por una secuencia inexplicable y sangrienta. Como resultado, la templanza emocional le escapa una y otra vez.

Todavía conserva en sus retinas la visión del autómatas construido a imagen y semejanza de Jesús, aplastando el cuerpo del cura durante aquel réquiem al que nunca debió asistir. El cráneo partido como una nuez. El manantial de plasma expulsado junto con otro material más denso, fragmentos de sesos probablemente. Las salpicaduras en los rostros de les feligreses. Los gritos, las corridas, los pies patinando en la sangre fresca y oscura. Chinche abrazándose el pecho, sin atinar a moverse, elle empujándole por catacumbas frías, cargadas del dolor de las torturas infligidas a inocentes.

No puede engañarse respecto de su responsabilidad en el hecho. Pero tampoco le es posible negar la falta total de intención en cuanto a lo trágico del final. ¿Y si en lugar de fumarse un pino dentro de una catedral por puro desacato apóstata, se hubiera quedado en su pieza, escribiendo un poema, o una canción? O respondiendo algún mensaje de un amigo necesitado de su voz.

¿Qué estaba haciendo con su vida, después de todo? ¿Hacia dónde apuntaban las últimas decisiones que había tomado? ¿Serían la falta de compromiso y los días a la deriva los responsables de esta atracción por involuntarios desencadenantes de tragedias?

Surfeando entre corrientes antagónicas, Mosqui pasa gran parte del viaje a su pueblo natal. El estómago le arde por falta de comida y exceso de ansiedad. Si el volcán que le brota del estómago pudiese hundirle en aquella lava de culpa y desintegrarle para siempre de la existencia, ¿terminaría aquel sufrimiento? ¿Sería feliz si todo acabara?

¿Eso quería, en realidad? ¿Ser feliz? ¿Cómo lograrlo sin partir,

no de una ciudad sino del mundo mismo? ¿Cómo sentir placer en un cis-tema depredador y esclavista? ¿Servía de algo, en ese caso, huir de la gran urbe para volver al pueblo? ¿A un lugar que lo había expulsado, primero por su orientación sexual y más tarde por su identidad de género?

Mosqui esquiva las ideaciones suicidas como Neo la balacera del señor Smith. Se promete luchar con todas las fuerzas que le quedan, para reordenarse. Para perdonarse. El rostro sincero de Pioje aparece como una esperanza en el dramático fluir de consciencia y Mosqui siente que, pese a todo, la mirada de su amigüe es capaz de aportarle un poco de alegría para vivir un día más en este mundo.

CUARTA PARTE

EL LIDER TERRICIDA

LES INVISIBLES

El pelaje azul y rojo, vuelve a encenderse y flamear. Pioje se resiste a mirarlo, aun sabiendo que el fuego no va a consumirlo, como en otras oportunidades.

-Es por acá-el animal le señala una calle céntrica cortada por vallas.

-No vamos a poder pasar por ahí. Es muy angosta la abertura, tendríamos que trepar. Y pueden detenernos.

-Nadie nos verá. Confiá en mí y trepate a las vallas. ¡Vamos, es el momento!

-Antes quiero que me respondas algo.

-¿Qué? Rápido, no hay mucho tiempo.

-Quiero saber por qué yo.

El venado queda pensativo unos instantes.

-Las energías nos conectan en sueños con fuerzas afines. Es parte de una lucha cuántica que nunca se detiene. Y este es el momento propicio para probar que podemos incidir en una realidad que vive del abuso hacia nuestros cuerpos.

-¿Pero entonces vos tenés algo que ver?

-¿Con qué?

-Con los accidentes.

-Mi fuerza tangible proviene de lo que vos llamás *accidentes*. La materialización de la energía desprendida de los sucesos en los que participaste, además de tu propio poder de pasar desapercibido en este plano, me permite trasladarme y expandir mi manto de invisibilidad para protegerte. Nuestras invisibilidades se retroalimentan y forman un canal que trasciende las dimensiones.

-No estoy seguro de comprenderlo.

-Luego de que nuestro propósito sea llevado a cabo, podremos discutirlo más extensamente. Ahora no debemos perder un segundo más.

El venado brinca las vallas, dejando una estela de luz y Pioje lo sigue, trepando en silencio. Al otro lado, los agentes policiales vigilan la acera displicentemente. Uno de ellos señala en dirección a Pioje. Elle se detiene, espantado ante la posibilidad de ser descubierta. Pero el agente sonríe despreocupado. Pioje mira encima de su hombro y descubre el objeto de la atención policial: un perro montando a otro.

-No te preocupes. Ni siquiera se van a dar cuenta de qué les cayó encima. Somos menos que una mota de polvo a sus ojos.

-Estoy acostumbrado a esa circunstancia. Es parte de mi identidad.

-De la mía también.

-¿Cómo?

-La apariencia animal externa sólo es una perfo para presentarme ante vos sin destruir la frágil cordura que el cis-tema te impuso.

-Claro... la cordura es una imposición.

-Es un mandato especista.

-Es abuso.

-Y muerte.

La limusina presidencial que transporta al alto mandatario extranjero se aproxima lentamente por la avenida oscura. Las banderas argentinas y estadounidenses entrecruzan sus líneas coloridas, creando un efecto visual estimulante que agrada a Pioje. Luego recuerda por qué está ahí, y avanza, implacabl*.

LOS LECTORES

-Así que esta es tu casa.

-Sí, perdón por lo incómodo, es muy chiquito acá,

-No importa.

-Pero en el patio hay más lugar. Y además hay alguien esperándote.

-¡Bichuuuu!

-Parece que no se ven hace mucho.

-Sí, hace mucho que no nos abrazamos. Daryl... amigo.

-Me alegro de haberlo encontrado.

-Yo también.

-...

-...

-Jajaja.

-Jajaja.

-En realidad no lo encontré yo. Lo encontraron unes amigos.

-Qué bueno que lo hayan encontrado personas del bien.

-Entonces, ¿te lo vas a llevar?

-Si para vos está okey.

-Es tu perro.

-No. Somos compañeros. Él no es de nadie.

-Eso mismo dijo el vecine.

-Y es verdad.

-Emmm... ¿estás muy apurado?

-No, para nada.

-Puedo hacer unos mates. O té, o café. ¿Gaseosa? ¿Cerveza?

-Lo que vos quieras.

-¿Mates?

-Dale, mates. ¿Esta es tu biblioteca?

-Es un rejunte de libritos. Los compartimos con mi abue.

-Parece que les gusta la poesía y... ¿Lovecraft?

-Los poemarios los leo yo. A mi abuela le gusta más el terror cósmico.

-Ah, claro. Te gusta Idea Vilariño.

-Me encanta.

-A mí también. Y Sylvia Plath.

-La adoro.

-Alejandra...

-Diosa del Inframundo.

-Gabriela.

-La puta Ama.

-Y este... Paula Arenas... No la conozco.

-Nadie la conoce. Ella es mi mamá.

-¡Ah!

-Falleció cuando yo era niño. Tenía un cuaderno con poemas suyos. Lo descubrí de adolescente, mi abuela lo había guardado. Yo lo mandé a imprimir. La foto de la tapa somos nosotros. Yo tenía

cuatro años.

-Es hermosa.

-Sí.

LES VIOLENTES

El Presidente de los Estados Unidos de América contempla con satisfacción el vacío de su propio ser, sobre el cristal impenetrable del vehículo que lo transporta. Un Cadillac sin modelo específico, llamado “la bestia”.

A bordo de aquella bestia con carrocería forjada en aluminio, acero y titanio, el presidente atraviesa las calles de una ciudad extranjera, que desprecia y de la que no está seguro de recordar el nombre. Se acaricia la sedosa corbata roja, orgulloso de sus propios pensamientos, que consisten en diversas escenas de abuso sexual.

Nada que se mueva escapa del deseo de violación que alberga este hombre cis, blanco y heterosexual, en cada célula de su cuerpo sobreprotegido. No está al tanto de la agenda que le espera en ninguno de los países que visita ni de los pactos que llevará a cabo para mantener el statu quo del régimen colonialista que encarna. Otras personas se ocupan de esas labores ingratas y poco creativas. Su tranquilidad radica en el hecho de que, a cambio de representar el papel del más poderoso mandatario en el globo, quienes sustentan su actual posición, lo premian permitiéndole cumplir las más violentas fantasías de humillación y muerte que le provea su imaginación machirulienta.

La primera dama comparte en alto grado esta característica depredatoria. La sed de maltrato que la mueve es aplacada únicamente mediante el mantenimiento externo de su feminidad hegemónica, sostenido por el desfile interminable de subordinadas que atienden hasta el más ínfimo de sus caprichos y contra los que mide el privilegio que adquirió gracias a su posición.

El Presidente anhela cuerpxs pequeñxs, para vomitar en ellxs el terror profundo que siente por las situaciones que escapan de su control. La Primera Dama sueña con un banquete de animales servidos aún con vida, luego de refrescarse en un spa exclusivo, en base a duchas de sangre, que prometen brindarle una piel fresca y

por siempre joven.

Suspendidos, cada uno de ellos, en el olvido placentero que brinda la posibilidad de la violencia ejercida sin límites, difícilmente podrían advertir la sombra roja y azul que persigue a su bestia blindada.

Es la sombra de otra bestia, una que palpita en el corazón secreto de la tierra, invisible a los ojos de la heteronorma.

LES DESOLADES

-Amigue...

-Wache...

-Ya lo sabés.

-Sí.

-Es insoportable.

-No puedo creerlo.

-Yo tampoco.

-Ni quiero.

-Yo tampoco.

-¿Elle te había dicho algo de lo que iba a hacer?

-No. ¿A vos?

-No.

-¿Pensás que tiene que ver con lo que me constaste?

-¿Con qué?

-El venado...

-No sé... no sé más nada...

-Perdón, amigue. Necesito llorar.

-Está bien, amix, no te preocupes.

-Están mostrando su cara por todos lados. La tele, las redes sociales.

-¿Y vos crees que realmente fue elle?

-¿No viste el video?

-¿Qué video?

-No lo veas, entonces.

-¿QUÉ VIDEO?

-Un video de él... trepándose al coche presidencial. Y haciendo estallar el vidrio del parabrisas.

-No puede ser.

-¡¡Es lo que yo dije!! ¡¡Es imposible!!

-Es que, de verdad, es imposible... Ese auto es una nave. Tiene un blindaje especial. ¡Soporta hasta misiles!

-¿Pensás que es un truco?

-No sé.

-Yo tampoco sé qué pensar. Ni siquiera...

-¿Qué?

-El cuerpo. Su cuerpo.

-Sí, lo sé. No lo encuentran.

-Me da mucho miedo lo que va a pasar ahora. Las mentiras que van a decir los medios.

-¿Vos crees que alguien nos pueda estar escuchando?

-No. Tengo la sensación de que estamos a salvo.

-No me siento a salvo. Me siento vacío.

-Yo quisiera morir.

-Yo también.

-¿Pensaste en hacerlo?

Cuarta parte

-Sí. Pero al mismo tiempo siento que estaría mal. Que sería una manera de cargarle a él mi tristeza.

-Yo siento lo mismo.

-¿Entonces?

-No sé.

-Tendremos que seguir viviendo.

-Sin él...

-No creo poder hacerlo, amor.

-Yo tampoco.

LES BLANQUES

El PAP -Primer Asistente Presidencial- intenta en vano congraciarse con el apático mandatario extranjero. Ante cualquier pregunta, incluso ante mínimos gestos de su parte, suelta displicentemente la misma ristra de insultos racistas emitidos apenas bajó del avión.

El empleado gubernamental siente extrañeza ante aquellos ataques verbales. Se considera a sí mismo excelente en su desempeño y su manejo del idioma inglés, además de blanco, heterosexual y bien educado. Teniendo en cuenta todos estos factores, le resulta descabellado recibir agravios en torno a su origen de nacimiento y a su orientación sexual. Durante los breves intercambios con el presidente del norte, no pudo dejar de notar que hasta su léxico es más rico y su pronunciación más correcta. Para no hablar de la predisposición a humillarse en favor del poderoso que está dispuesto a asumir. ¿Por qué entonces el Máximo Líder se siente tan fastidiado en su presencia?

El PAP trabajó para decenas de jefes de estado en la extensa carrera que posee, pero nada lo preparó para el grado de desprecio, brutalidad y acoso psicológico que lleva vividos en estos escasos minutos.

Sin atinar a moverse, suspira, dejando un círculo de aliento impreso en la ventanilla de la nave fastuosa e impenetrable.

-What a fuck are ya' doin, ya fuckin' bitch?-el presidente lanza una mirada reprobatoria a la marca de vapor sobre el vidrio.

-Excuse me, sir...

-Just shut the fuck up.

-Oh, sorry, I just...

-You what?

-Im sorry, Im trully, deeply...

Cuarta parte

-You say you sorry.

-Yes, I did.

-You... say... you... sorry...

-Yes, Mr. Trump, but...

-But it's too late.

Mientras tararea la nueva canción de Dua Lipa, el presidente Trump abre una de las portezuelas de La Bestia, toma al asistente por la entepierna y lo arroja de cabeza a la calle. El empleado rueda un trecho y sufre alguna fractura menor. No tiene manera de saberlo, pero el humillante exabrupto del Líder Máximo, acaba de salvarle la vida.

LES FUSIONADES

-Hay algo importante que debés saber. Tu invisibilidad no va a durar todo el tiempo.

-¿Por qué?

-No podría explicarte con exactitud el mecanismo de esta contra-tecnología pero es similar a una especie de batería que se agota. En el momento que destruyas el parabrisas de la nave, vas a quedar expuesto a todos quienes estén a tu alrededor.

-Eso significa que no voy a poder escaparme luego de realizada la tarea.

-Hay una forma de huir y la vamos a practicar. Pero lo más probable es que queden registros visuales de tu acción. En este segmento temporal, nada escapa de ser registrado.

-Eso no me preocupa. Sé que después de entrar a la limusina presidencial no habrá vuelta atrás.

-No habrá atrás pero tampoco nada por delante.

-¿Me voy a morir entonces?

-No vas a morir. Pero tampoco sucederá algo que pueda ser definido como “vida” luego de cumplido este objetivo.

-Entonces estoy menos preocupado que antes.

-Nada puede ser más binario que el binomio “vida-muerte”.

-Es una verdadera paja ese binomio.

-Es el binomio que mantiene las perspectivas de desarrollo de la ideología antiderecho.

-¿En qué sentido?

-En la construcción de un feto que para ellos equivale a un bebé

de dos años.

-De cinco, a veces parecen.

-Sí, en fin. Ahora debes estar preparade para una acción coordinada. Para realizarla voy a necesitar que ambes nos fusionemos a través de lo que vos llamarías una visualización conjunta.

-¿Y qué vamos a visualizar?

-Cuernos.

-¿Sólo cuernos?

-No, no sólo cuernos. Cuernos de fuego y de luz.

-Okey.

-Y acordate de que la invisibilidad se agota.

-Nunca pensé que me podría pasar eso a mí.

-¿Transformarte en magnicida?

-No. Que se agote mi invisibilidad.

LAS PREGUNTAS

Desde niño, Pioje se había sentido invisible. Sus xadres trabajaban todo el día y apenas pasaban un rato con él antes de mandarle a dormir. La mayor parte del tiempo estaba a cargo de Cinthya, su hermana trece años mayor, por eso Pioje aprendió a hablar escuchando las charlas que Cynthia mantenía con sus amigas. Sus primeras palabras fueron “boluda, no sabes”, articuladas con dificultad y sin embargo, muy comprensibles al oído.

Después de que aprendió a hablar también aprendió a preguntar pero enseguida se dio cuenta de que sus preguntas eran ignoradas o censuradas, tanto por adultos como por otros niños. Cansado y aturdído por la falta de respuestas, decidió entablar una charla perpetua consigo mismo, además de dialogar con árboles, insectos, animales domésticos y otras criaturas no humanas, a veces invisibles, tal y como se autopercibía él. Inició de esta manera un camino sinuoso e incierto de conocimientos que a nadie parecía interesarles y que no proveían beneficios en el sistema social que le había tocado en suerte.

Pioje conocía por adelantado el momento exacto en el cual comenzaría a caer la lluvia. Sabía si un gato o un perro sufrían una afección antes de que mostraran síntomas de su malestar. Sus sueños le proveían información, a veces encriptada y otras veces manifiesta, sobre problemas futuros que podrían enfrentar sus amigos o los amigos de sus amigos. Como le resultaba difícil verse a sí mismo, luego de tantos años de borramiento por parte de su entorno, tampoco encontraba fácil comunicar las verdades que intuía sin esfuerzo. Pero nunca se equivocaba y esto, lejos de empoderarlo, le volvía retraído e hiper sensible.

Todo cambió a partir de la primera visita onírica del venado. Ya no podía palpar claramente el olor del agua que se amontona en las nubes, ni ver los diferentes circuitos de acciones que dificultarían la vida de las personas con las que se vinculaba. Durante meses, su única preocupación consistió en prever si el venado iba a que-

marse en sus sueños, o si las llamas flamearían en sus cuernos, sin dañarlo. Ahora él mismo era quien portaba una cornamenta ignífuga y conocía el nombre que en tantas oportunidades se le había escapado en la bruma sorda de la duermevela.

Pioje inicia una carrera veloz hasta la nave presidencial. Sabe que nadie puede verle y en ese conocimiento, por primera vez en su vida, radica su fortaleza. Sin impedimento alguno, trepa sobre el capot. No puede dejar de preguntarse cuánto segundos tardará en volverse la amenaza palpable que en realidad es, y en ese discurrir de pensamiento se encuentra al dar la primera cornada al vidrio, que el ejército gringo presume un escudo indestructible.

LES FILOSES

-Venado... ¡tengo cuernos!

-No los manipules demasiado. Recordá que son una proyección conjunta de nuestros anhelos por realizar esta acción.

-Es que... se sienten tan reales.

-Todo lo que imaginamos y lo que anhelamos es real, por lo tanto tus cuernos no podrían no serlo.

-De adolescente leí a un escritor que decía que nada es real y por eso todo está permitido.

-Típico argumento blanco colonialista heterocis para desvastar cuerpos y regiones sin sentir remordimientos por eso.

-Entonces si todo es real... ¿por qué estos cuernos son tan livianos? Creí que iban a pesarme en el cráneo... y ahora los toco y parecen de plástico. Como adornos navideños, en realidad.

-De apariencias equívocas está hecho el heterocispatriarcado. Pero este no es un adorno ni una simple cornamenta. Tenemos que probarlos. ¿Estás listo?

-Sí... creo.

-Respirá profundo y exhalá... otra vez... otra vez... una vez más... ahora vamos a pensar en el viento. La fuerza del viento. Un remolino. Un tornado... ¿me estás escuchando?

-Sí, perdón... es que se encendieron como si tuvieran lucecitas... son tan uwu.

-Es muy importante que te concentres y coordinemos nuestros esfuerzos. De la factibilidad de esta prueba depende el logro de nuestro objetivo... ¿estás listo, entonces?

-Sí, perdón.

Cuarta parte

-El viento...

-...

-La fuerza del viento...

-...

-Un remolino...

-...

-Un tornado...

-Venado...

-Aspas...

-Venado...

-Hélices...

-Venado, tengo miedo...

-Cuchillas... filos de fuego...

-¡Se mueven!

-Un ojo hecho de filos...

-...

Una voz hecha de cortes...

-...

-Un viento hecho de sangre...

-¡Venado!

-¡Vamos, Pioje! ¡La acción es ahora!

LES SORPRENDIDES

-Come on ya' faggn beatch. I need a blow job.

El líder del mundo toma del pelo a la primera dama y la empuja por la nuca hacia su entrepierna desnuda.

-¡Leave me alone, pig!

Ella se suelta con enojo gastado en la mirada. Él insiste, está vez más impetuosamente.

-¡I'm commin', stupid idiot, I need a mouth!

Pero la mano se le afloja debido a la repentina eyaculación, que al expulsarse, cae sobre su propia barbilla y sobre el vestido de ella.

-¡You ruin the whole trip, assface!-exclama la mujer, mientras se limpia el semen del modelo exclusivo con un pequeño aspirador de humedad.

-Hey... What tha hell...- El presidente señala el vidrio detrás del cual un chofer anónimo lo conduce hasta la Casa Rosada.

-I don't care, freak.

-No, listen... What is this? You hear? That noise...

-It's your head, farting your stupid brains out.

-You whore! Listen to me! That noise is not normal!

-As if.

El desinterés manifiesto de la primera dama le impide contemplar la súbita fractura del cristal protector.

-A horn! A frickin' horn!

Y estas son las últimas palabras, al menos las últimas pronunciadas con cierta inteligibilidad por el líder terricida, antes de que la bestia rodada, que lo transporta protegido del resto del mundo, pierda definitivamente el rumbo.

LES TESTIGUES

¿Es algún tipo de justicia lo que persigue Pioje cuando destruye a cabezazos el blindaje militar diseñado para resistir ataques de armas nucleares?

¿Le joven tímido y sensible que transportaba frascos de cucarachas a los baldíos aledaños, porque no podía soportar matarlas, es le mismo que se introduce en el coche presidencial para cometer el mayor atentado contra un mandatario sucedido en la región?

¿Es una cornamenta de juguete el artefacto que corona sus cienes?

¿Es realmente la misma persona que conocen?

Chinche y la señora Clarisa se hacen estas preguntas y muchas más, en silencio, mientras contemplan tomades de la mano, las imágenes inverosímiles del famoso video, que parpadea en la pantalla del celular. Frenadas, disparos al aire, explosiones en cadena. Maniobras inútiles en busca de evitar lo inevitable ejecutadas apresuradamente y al unísono por diferentes sectores militares y policiales, que derivan en una auténtica tormenta de miembros humanos, entreverados con piezas de automóviles en llamas y bramidos de agonía. Luego, un apagón abrupto y nuevamente, en primer plano, una foto de Pioje, sonriente, tomada de su red social. La voz entrecortada de la periodista da a conocer su nombre muerto y profiere una larga lista de mentiras que componen un supuesto perfil terrorista, montadas sobre rastrillajes incansables en el área del suceso, en busca de cuerpos, incluido el de elle.

-No puede ser verdad.

-No, mijo. Tiene que ser un truco.

-¿Pero por qué?

-Sí... ¿Por qué elegirían a una persona tan hermosa como elle, para convertirle en el mayor terrorista de nuestra historia?

-¿Tal vez porque era invisible?

-¿Invisible?

-Sí, doña. Pioje era invisible. Para todo el mundo, menos para nosotros.

La señora Clarisa se cubre los ojos. Chinche la abraza, y entre ambas dejan salir un llanto largamente reprimido.

LES LICUADES

Un filo incandescente corta la corbata roja del mandatario estadounidense. El resto de su traje desprende fragmentos de género embebidos en sangre negra. Sucesivos tajos cercenan a gran velocidad los rostros del presidente y de su esposa. Ella, con mayor capacidad de reflejos, atina a cubrirse los ojos. En cambio, los globos oculares del líder republicano, dentro de los cuales cada pupila permanece aún dilatada por la sorpresa, se desprenden con un breve ruido de sopapa.

Atestiguando el arrancamiento a través de la escueta separación entre el dedo índice y el mayor, la primera dama abre la boca de par en par para liberar un alarido irreprimible y de esta manera no deseada permite el ingreso de las córneas de su esposo. El pánico le cierra la garganta y el color azul, tiñendo con celeridad sus mejillas, delata la asfixia que amenaza sustraerla de este plano.

Tajos breves y ardientes desplegándose en los pómulos, las gargantas, los pechos, lanzan largos escupitajos de plasma que van cubriendo sin prisa pero sin pausa el piso, los tapizados y el techo del vehículo. El presidente sacude la cabeza y las manos y en esa danza descoordinada abofetea a su esposa, ya fallecida luego de ahogarse con sus ojos. Los dedos tiesos se le enganchan en el cabello enrojecido por los coágulos y allí quedan, colgando, similares a extravagantes adornos navideños, luego de ser fraccionados por los insistentes cuernos de fuego.

Las palabras a medias y los gemidos del presidente, que chapotea sobre su propia sangre y la de su difunta esposa, se disuelven dentro de la vana protección de la nave en violento zig zag por la avenida, ya sin un piloto vivo para recuperar el curso. Valiéndose del enorme hueco en el parabrisas, y a modo de encesto, Pioje arroja de una patada la cabeza que alguna vez albergara tantas fantasías de violación como estrellas tiene el firmamento, y de esta forma, anota un tanto en contra del heterocapitalismo genocida. Y así prosigue, con certeras embestidas, ya desollando, ya desmembrando

aquellos cuerpos que encarnaron tan exitosamente la comedia del poder colonialista.

Mientras lleva a cabo la tétrica y a la vez agotadora tarea encomendada por el venado cósmico, se pregunta por qué debe ser de esta manera. Por qué tanta violencia es requerida para una causa justa y pacífica. La voz del venado, encriptada en su inconsciente, se abre paso para aclarar los tantos:

-Se precisa un huracán de sangre para activar el portal de huida.

-¿Huida?

Pioje posterga un segundo la faena. El filo caliente brotando de sus cuernos se apaga con un zumbido musical.

-No podés quedarte acá. Es muy peligroso. El tiempo lineal es una trampa.

-No me importa lo que pase. Sé que pronto este vehículo va a explotar y estoy dispuesto a inmolarme.

-No se trata de que pierdas la vida. Eso no tiene importancia. Está en juego algo más grande.

-¿Qué?

-Tu espíritu. Debés terminar lo más rápido posible de rebanar los cuerpos hasta crear una salsa de plasma y luego revolverla con tus cuernos a toda velocidad, para que funcione como una apertura dimensional por donde fugarte del tiempo. Es preciso que lo hagas.

-...

-¡Ahora mismo!

Pioje no está seguro de comprender las implicancias totales de la frase acerca del peligro que se cierne sobre su espíritu, pero ante la duda, enciende de nuevo sus cuernos-hélice y redobla los esfuerzos.

La licuefacción de los cadáveres se acelera hasta alcanzar el grado

justo. El embudo huracanado de sangre absorbe a Pioje y se cierra tras sus pies, dejando un estruendo seco y una tenue humareda anaranjada.

Afuera, producto del violento efecto dominó, los choques en cadena y los disparos a quemarropa entre el personal de seguridad extranjero y el local, derivan en explosiones múltiples y miles de bajas, militares y civiles. Tras ser arrollada incontables veces, la cabeza del presidente, convertida en una escueta línea de carne pegada al pavimento, mira sin ver el cielo blanco, de humo y horror.

LES COSMONAUTES

-Ahora que todo terminó, tengo que saber algo, venado.

-¿Qué?

-Qué podría haber pasado si yo no te acompañaba.

-Es difícil y fácil de explicar, a la vez.

-Parece que ahora disponemos de más tiempo como para que me lo cuentes.

-Es que estamos fuera del tiempo.

-Podemos charlar para siempre, entonces, ¿no?

-No. Que estemos fuera del tiempo no significa que podamos permanecer indefinidamente fuera de él.

-¿Te vas a ir?

-Debo partir, pero también debo esperarte.

-Pero si sigo acá, ¿me voy a quedar solo?

-Nunca estamos solos.

-Acá parece muy solitario. Las cosas se ven algo blureadas.

-Es porque estás en tránsito de experimentar una nueva dimensión espacio-temporal en plenitud. Pero todavía hay cuestiones del mundo que dejaste, que te preocupan. Como por ejemplo, saber qué hubiera pasado.

-¿Entonces, voy a conocer a otros?

-Cuando termines de abandonar este plano.

-¿Y ya no voy a volver a verte?

-Podés venir conmigo y transicionar tu ser mientras viajamos, si

eso es lo que querés.

-No estoy segure de lo que quiero. Me refiero a irme o quedarme en este lugar.

-Este no es realmente un lugar.

-Pero tengo una sensación extraña. Todo parece mejor ahora.

-Las cosas mejoraron, sí. Gracias a nuestra acción directa.

-Pero... si yo no te hubiese acompañado. ¿Qué hubiera pasado?

-Ya te dije, es complicado de calcular el daño. A la vez, es sencillo. Evitamos una pandemia.

-¿Una pandemia?

-¿Sabés qué es una pandemia?

-¿Una especie de virus?

-Es más que eso.

-¿Qué es?

-Un modelo político de terror.

LES FANTASMXS

El brazo de Mosqui sube y su pulgar se separa del resto del puño curtido por el sol. Un auto de alta gama zumba junto a elle, a la velocidad suficiente para hacerle vibrar las piernas. Es el cuarto en lo que va del mediodía, que pasa sin detenerse. A Mosqui, el fragmento de la ruta 40 por el que divaga apresada, le parece un espejo de su propio estado de ánimo: áspero, escarpado, seco. El paisaje rocoso no le sonríe ni le muestra los dientes, pero le dicta el pulso y los pensamientos.

Camina esquivando las piedras más grandes, debajo de un cielo sin fisuras. Sus sueños de los últimos días son un poco como este cielo. Bloques enormes de abstracciones encadenadas por memorias confusas. Por esa razón emprendió el viaje de regreso a la Ciudad Autónoma y aún con miedo, se aferra a la esperanza de comprender al menos una parte de todo lo que vivió aquellos días tumultuosos y sangrientos, hace casi dos años.

La brisa fresca le abre los puños y hace que detenga sus pasos. Se da vuelta, siente que alguien lo llama, pero sólo encuentra rocas y polvillo. ¿Dejará de pronunciar su nombre el eco fantasmagórico, una vez que haya puesto los pies en la ciudad? El estómago se le endurece. ¿Qué va a hacer cuando vuelva? ¿Cómo seguir tejiendo el hilo roto que dejó Pioje con su partida? ¿Por qué no consigue poner toda la tristeza bien atrás y tratar de vivir una nueva vida? ¿Qué cosas son nuevas realmente en nuestra vida? ¿Dónde buscar? ¿Cómo saber que no nos van a terminar destruyendo, otra vez?

Un reptil pequeño de piel tornasolada le apoya la patita mineral sobre el borde de su zapatilla. Mosqui se agacha para contemplarlo mejor y la criatura desaparece sin dejar rastro. La brisa crece hasta transformarse en un empujón constante por el camino de polvo. Mosqui no cree en nada pero reza. Le pide al viento y al camino que lo lleven rápido. Que rápidamente le provean un vehículo con unx porteñe que no sea tan culiadx que le rechace el dedo extendido en busca de fuga, antes de que la soledad que carga como una

Cuarta parte

mochila de nacimiento le ofrezca otro fantasma para distraerlo de su miedo del futuro.

LES INOLVIDABLES

-Quiero irme, venado. Acá todo se ve borroso

-Primero debés desapegarte de las memorias de tu anterior vida.

-Quiero hacerlo, pero me cuesta. Quisiera ver a mis amigos una vez más.

-Eso se puede arreglar.

-¿Voy a volver a la tierra?

-Estas en la tierra, todavía.

-¿Cómo?

-Sí. Aún estás en el mismo lugar. No lo percibís porque abandonaste tus carnaduras y todo lo ves a través de una niebla. Detrás de la niebla, el mundo tangible sigue su curso. Pero vos ya no pertenecés acá. Para irte conmigo, sólo tenés que despegarte de él.

-¿Pero entonces puedo ir a ver a mis amigos?

-Elles no te van a ver. Pero vos sí. Puedo mostrártelos...

-...

-Ahora mismo... ¿Les ves?

-¡Chinche! ¡Mosqui! Pero... ellos...

-¿Qué?

-...

-¿Qué pasa?

-No les importo. Nunca les importé.

-¿Por qué decís eso?

-Ni se acuerdan de mí. Se ríen, festejan... ¡poguean!

-No, estás confundide.

-¿Confundide? Pero si les veo claramente.

-No. Elles lloraron profundamente tu partida. Y aún hoy la sufren. Pero de eso ya pasaron dos años.

-¡¡¡¿Qué?!!!

-Esta realidad que ves está a dos años de distancia del momento de nuestra acción directa.

-¡No!

-Sí. Por eso, ya es tiempo de partir.

-¡Pero yo no siento que hayan pasado ni diez minutos!

-Ya te lo expliqué. Estamos fuera del tiempo.

-Dos años... Qué bizarro.

-Tus amigos siempre te recuerdan. Mirá... Fijate bien... Es el cuarto de Chinche. Enfocá tu mirada en aquella pared.

-¿Dónde?

-Ahí, encima de su cama.

-...

-¿Lo ves?

LES OPUESTES

Chinche se despierta de un salto y manotea el celular, que resbala insistentemente de sus manos. Es como atrapar un sueño que se desliza sin que una llegue nunca a recordarlo, piensa. Por fin, después de varios intentos, puede sostenerlo y constatar que durmió quince horas seguidas. Son las diez de la noche. ¿Pero de qué día?

Viernes.

Veinticuatro.

Viernes 24 de mayo de 2020.

Tiene dos mensajes sin responder. Uno es de la señora Clarisa, invitándole a su cumpleaños número sesenta y pico, ese mismo día, en la plaza del barrio. El segundo mensaje es de Mosqui.

Nos vemos hoy amix? En el reci de la placita?

Sí, responde Chinche. Y le suma un emoticón de carita de conejo y un corazón naranja. Se calza los jeans, las zapatillas y la remera negra con la estampa de una criatura mitad árbol, mitad pájaro y saca la mano por la ventana de la cocina, para constatar si es necesario llevar algún abrigo. No. Hace calor. Es otoño pero el verano se resiste a terminar.

Dos fiestas en una, ese mismo viernes. Le resulta increíble estar haciendo planes y sentirse feliz, sin la ansiedad que tanto tiempo acompañó su vida social.

El esbozo de sonrisa queda colgándole de los labios cuando su mirada se posa sin querer sobre la foto pegada encima del colchón.

-Ojalá estuvieras acá, wache.

Todo sería perfecto, si no fuese por esa ausencia, que Chinche

jamás podrá procesar.

Sin embargo, dos años después de aquellos terribles acontecimientos, las cosas cambiaron, para él y para muchos otros. La vida en este mundo tiene un nuevo sabor.

Se cuelga la mochila y sale del departamento, silbando una canción que no recuerda si escribió él mismo o alguien más.

Algunas cuadras antes de llegar al recital, oye los acordes simples, la batería veloz, las voces estridentes pero invitantes. El humo de la parrilla vegana impregna el aire con su elemento libre de crueldad.

-Las cosas cambiaron- susurra Chinche. -Ojalá estuvieras acá para verlo.

En el centro de la plaza del barrio Samsung, una ola humana se mueve de un extremo a otro entre risas y gritos de alegría. La fuerza centrífuga del pogo arrastra a Chinche. Él no opone ninguna resistencia. Arriba del escenario, la señora Clarisa grita una letra hardcore que habla de mutantes y molotovs, elevando su bastón en dirección al cielo estrellado. A cierta distancia del recital, Eric, Alix y una chica que no conoce, chapaban con fervor, mientras Daryl corre de una punta a la otra del pogo, buscando una abertura por la que colarse.

La atención que mantiene a Chinche absorto en el hardcore furibundo de su vecina, es arrebatada por el tatuaje de un brazo emergiendo entre la multitud. Una A enorme, encerrada en un círculo de ramas.

-¡Mosqui!

La cresta verde de Mosqui, florecida como una porción de maleza, gira y descubre el rostro emocionado de su amigo.

-¡Chinche!

Se encuentran en extremos opuestos del pogo pero pronto y con decisión emprenden el acercamiento. Bracean y empujan sin vio-

lencia la multitud de cuerpos que saltan y chocan bajo la noche cálida.

Sus pupilas brillantes tensan el hilo que conecta el futuro abrazo. Están lejos todavía, pero saben que pronto sucederá.

FIN

ÍNDICE

Primera Parte

EL ESCLAVISTA

5

Segunda Parte

EL NARCOCLÍNICO

39

Tercera Parte

EL PLANERO ECLESIAÍSTICO

57

Cuarta Parte

EL LIDER TERRICIDA

83

El dibujo de situaciones y estados de ánimo de esta novela fue tejido a partir de la necesidad de fugarme de la crisis habitacional que me tocó transitar durante la pandemia. Sistematizar la evasión a las amenazas de muerte que me participaban mis vecinos de hotel, mediante la elaboración por escrito de un pogo cuántico de brujería protectora, facilitó mi desinterés por el futuro. Un desinterés fundamental para imaginar y vivir. Porque el futuro nunca llega y por eso siempre es una amenaza.

Pienso la escritura como la posibilidad de un escape del ejercicio obligatorio de la violencia. Sostenerla como actividad sin esperanzas de trascendencia es rechazar el diálogo que se nos fuerza a mantener con la promesa de un mañana. Por eso quise que este libro exista, como testimonio de mi falta de interés en esa promesa heteronormada de mierda.

Gracias por leer.